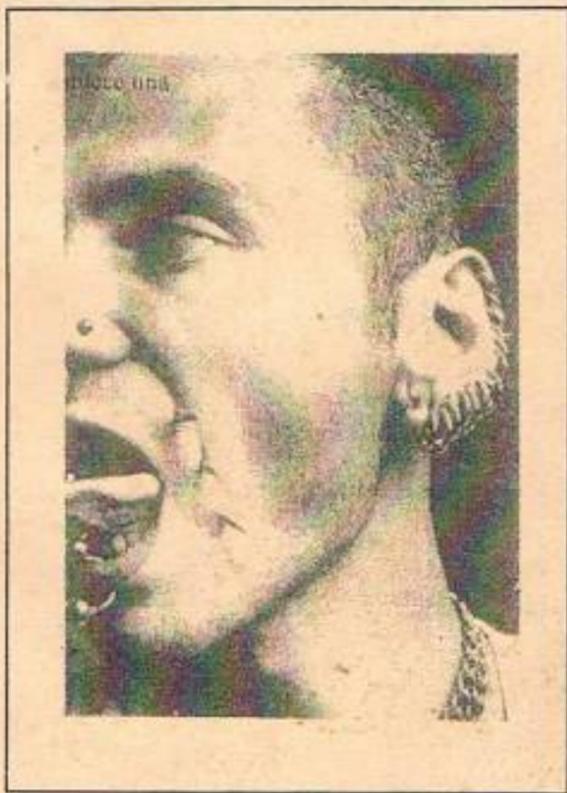


# el desmayo de judas



Juan Tomás Ávila Laurel



*el desmayo de judas*

Juan Tomás Ávila Laurel

Ediciones Centro Cultural Hispano-Guineano de Malabo

**El Desmayo de Judas**  
**Primera Edición: Mayo 2001**  
**© Juan Tomás Ávila Laurel**

**Diseño de portada: Juan Tomás Ávila**

**Edita: Centro Cultural Hispano Guineano**  
**Cooperación Española con Guinea**  
**Apartado 180 de Malabo, Guinea Ecuatorial**  
**Teléfono: 240 9 2722**  
**Fax: 240 9 2722**

**Impreso en la imprenta del CCHG Malabo**

**J**udas Garamond nació con una mano y, dicen, con el pie izquierdo. Era un día gris de febrero, de estos días en que apetece estar sentado tranquilo en un cómodo sillón, con los pies cubiertos y con las gafas de leer puestas, sorbiendo de vez en cuando una infusión caliente.\* Esto es lo que hizo Ana Garamond.\* Ana Garamond sabía que estaba en su último mes y que en cualquier tiempo podía romper aguas.\* Empezó a sentir los dolores desde hacía una semana, pero el mal tiempo pudo más que los dolores y las ansias de nacer del primero de los Garamond. Ana aguantó los dolores y esperó hasta la última hora.\* Mientras pudo aguantar, preparó la ropa, suya y la del bebé; la metió en una maleta y se tendió en el sillón con las piernas sobre unas almohadas.\* Leyó un párrafo; se levantó, preparó la infusión y sorbió un poquito.\* Cuando el niño de dentro probó la infusión caliente, pensó que la casa de su madre debía de ser acogedora y caliente y empujó fuerte. Ana sintió un agudo dolor que la obligó a abandonar la lectura. Quiso levantarse pero no fue fácil; a duras penas, puso las manos en el suelo y arrastrándose como pudo, llegó a la mesa y tecleó el teléfono con el semblante descompuesto.\* Después de esto, se arrastró hacia la puerta y, arrodillada, alcanzó la cerradura y giró la llave. Ya no pudo más. Se tumbó detrás de ella con sus pies como los únicos impedimentos para que no estuviera abierta de par en par.

Una mujer se acercó a la puerta, después de

arreglarse ligeramente; llamó una vez desde el rellano con voz alegre, como se hace siempre cuando se llama a una casa donde se espera que salga a abrir una persona querida, o, al menos, conocida. Llamó otra vez, y como no oyó ninguna voz, puso cara seria e hizo otra llamada, echando una mirada al interior de la casa. Tampoco oyó nada y este nuevo silencio la despertó, recordándole para qué había sido llamada. Olvidando todo protocolo, se arregló el pelo y puso las manos en el borde libre de la puerta para empujarla, al tiempo que volvía a llamar con voz musical:

“Anita”. Un obstáculo se opuso a su fuerza de empuje y tuvo que dirigir su atención al pie de la puerta para descubrirlo. Con la mirada en el suelo y sin dejar de empujar, descubrió el obstáculo y rompió en exclamaciones:

“¡Dios mío, Ana!”, ¿estás bien? Rápidamente tiró su bolsa en un sillón y se agachó al lado de la yacente. Vio que no había tiempo que perder, y como si fuera el fruto de una decisión calculada, salió por la puerta y llamó a una de las puertas vecinas. Era el número 4.

-¿Quién es?, hola -respondió al saludo una chica desde detrás de las cadenas que sujetaban la puerta para contener a los desconocidos.

-Hola, buenas tardes; mira, soy la tía,

bueno, tengo aquí a una sobrina que está dando a luz y está grave, bueno, sí, necesita ayuda y quiero la vuestra -dijo la mujer y finalizó la petición con una sonrisa, a todas luces nerviosa.

La chica quitó la cadena y salió al exterior.

-¿De qué puerta?- preguntó, atrayendo hacia sí la de su casa, ese gesto que hacemos cuando no queremos que quien habla con nosotros vea dentro y vea a nuestro padre comer en mangas de camisa, vea que tenemos la casa sin ordenar o descubra en la mesa unas bragas o calzoncillos que dejamos para atender la llamada.

-¿De qué puerta es?

-Es de la cuarta - respondió la mujer sin titubeos.

-Pero si la puerta cuarta es aquí- dijo la chica mirando la placa con el número de su casa, para asegurarse de que no metía la pata.

-¡Ah! perdone, la séptima -corrigió la mujer, después de echar una rápida ojeada a la puerta de su parienta la parturienta.

Sin dejar de sujetarla, la chica la entreabrió como quien sin dejar de expresar desconfianza, quiere que su interlocutor vea el interior y saque las conclusiones por su cuenta:

-La cuestión es que esta chica y nuestros padres no se hablan -dijo volviendo a atraer a sí la puerta.

-¿Son estos? –preguntó la mujer.

La chica hizo sólo un gesto de asentimiento, como quien no quiere ser escuchado. A esto, la mujer se arregló el pelo, y con suavidad, pidió el paso a la chica y entró en casa.

-Buenos días, hermanos, perdonen la molestia pero necesito su ayuda para llevar a mi sobrina al hospital. Está grave, bueno, es un caso de urgencia. Muchas gracias.

Dicho esto salió hacia la puerta y pidió a la chica, quien todavía se encontraba en la puerta, una ayuda más puntual y concreta. Ella miró al interior de la casa de sus padres y dudó ante la petición de la mujer, aunque ésta no prestó mucha atención a sus dudas, como quien no admitiera otra opción.

La sangre de Ana Garamond ya amenazaba con salir por la puerta cuando entró su tía.

¡Dios! –exclamó. Mientras se descalzaba, alcanzó el teléfono, tecléo los números y esperó. No tardaron en contestarle y ella habló con serenidad.

-¡Hola buenos días! Estoy en el número 34 de la calle poeta Gaitán, segundo, puerta siete. Se trata de un parto difícil que no nos ha dado tiempo de ir al hospital. El bebé presenta un brazo y la madre sangra mucho. Muchas gracias.

No tardaron en oír desde lejos las sirenas de la

ambulancia. En pocos minutos se presentaron en la puerta. La tía había acercado la maleta a la puerta y se había puesto un delantal. La chica vecina estaba en la puerta con los ojos abiertos y con las manos en el cuello, como si quisiera privarse del aire; de vez en cuando se apoyaba en el marco de la puerta y sacaba la lengua hacia fuera, aunque eran unas náuseas todavía muy raquíticas. En el suelo estaba Ana Garamond, con los ojos cerrados y la pierna abierta; tenía una respiración apenas perceptible. Llevaba un vestido largo de color rosa, que ahora apenas le llegaba hasta el muslo, pues parte de la ropa se hallaba doblada bajo sus nalgas. Ana no llevaba bragas y sobre su monte de venus todavía había esa mata de pelo que los dolores y el mal tiempo no le habían permitido quitar para preparar mejor el camino a su hijo. Los dos muslos estaban manchados de sangre y entre ellos, al final del pequeño monte negro, sobresalía la mano izquierda colgante de Judas Garamond, enfrente de la sangre roja que se extendía por el suelo.

Los socorristas pusieron la camilla en el suelo y, con cuidado, depositaron a la parturienta y la elevaron por los aires. La tía abrió mejor la puerta y dejó la maleta en manos de la vecina:

-Anda, vete con ella, que ordeno un poco esto y enseguida estoy con vosotras.

La chica no tuvo tiempo de hacer nada y siguió a los socorristas. La tía de Ana Garamond se quedó en la

puerta para despedirse y entró cuando cesó el contacto visual con ellos. Cerró la puerta, fue al teléfono y marcó un número conocido, pues no recurrió a ninguna agenda ni apunte. Habló y colgó. Permaneció sentada unos segundos, con la mano en la parte posterior del cuello, y con las piernas cruzadas, con el torso ligeramente torsionado. Luego suspiró y se levantó. Todavía tenía los pies descalzos y en el suelo se podían ver sus huellas en toda la casa. Eran huellas de un pie de mujer, pequeñas, manchadas de la sangre de un parto sin aviso. Mientras duró la ayuda y espera, la mujer anduvo descalza por toda la casa y así pudo llevar la sangre a todos los rincones. No le hizo ascos meter sus pies en la sangre que había fluido. Y quizá se descalzó para sentir en su piel la sangre de su familia, pues eso le infundiría valor para salvar dos vidas, o se descalzó porque constituía un peligro andar por la casa con tacones, pues la sangre, líquido correoso y grasiento, haría correr los tacones de ella y eso podía terminar en una peligrosa caída, donde la sangre de su cabeza se mezclaría con la del útero de Ana Garamond, sobre un suelo frío de dos semanas sin escoba, pues el mal tiempo no recomendaba esfuerzos.

Se descalzó y metió su pie en la sangre, para consolar a su sobrina y al hijo de ella, quien no baja como hacen todos los niños.

Una de las razones del malestar de la vecina fue ver el chapoteo de la tía en la sangre. Y dijo para sí que no era normal que esa mujer se descalzara

precisamente cuando más le convenía estar calzada.

-¿Es el primer hijo de tu hermana?

-preguntó el conductor de la ambulancia a la vecina.

-No es mi hermana.

-¡Ah! -exclamó sin volver la mirada. ¿Y es su primer hijo?

-Es mi vecina. No sé.

-¿Has dicho que no sabes si es el primer hijo de tu cuñada?

-No he dicho que sea mi cuñada. Es mi vecina, vecina, y yo no sé nada de ella.

Como el tráfico lo exigía, el conductor no volvió a hacer ningún comentario. La vecina no pudo evitar un leve sofoco ante la insistencia del conductor en emparentarle con la parturienta. Aquel hizo una rápida maniobra y se metió en una doble fila de coches estacionados. Las batas blancas y la construcción peculiar de los hospitales revelaron a la vecina que habían llegado. Nada más parar el motor y apagar las ensordecedoras sirenas, saltaron a tierra los salvadores, y con una rapidez extraordinaria introdujeron a Ana Garamond en las dependencias especiales para su caso. La vecina no tuvo tiempo para preguntar nada. Como no sabía qué hacer, permaneció en el coche hasta que el conductor aparcó en mejor sitio. Luego de esto, bajó del coche y se fue hacia atrás. La vecina de Ana tuvo que pasar por unos minutos de embarazo, pues no se

ocuparon pronto de ella. Sintió algo de alivio cuando abrieron la puerta y allí estaba un hombre joven con la maleta en la mano.

-Bueno, señorita, ahora ya puedes estar más cerca de tu cuñada.

-Ya he dicho al conductor que esa mujer no es mi nada. Sólo es mi vecina.

-Bueno, algo es algo. Pero, ¿acaso hay problema en que lo fuera?

-No es que hubiera problema, pero si no lo es, no puedo decir que lo sea, y tanto su compañero como usted insisten en que lo es.

-¿Mi compañero? -preguntó el hombre, con un ojo achicado por el ataque del humo de su tabaco.

-El conductor de la ambulancia- aclaró la vecina.

El hombre, con los ojos todavía achicados por el pitillo vecino, dirigió una plena mirada a la chica y ésta pudo darse cuenta de que el conductor y el hombre que estaba hablando con ella eran la misma persona y sólo les distinguía el aligeramiento de ropa.

Los dos entraron por una puerta metálica que les condujo a una sala, muy fría para la temperatura que gastaban.

-Aquí esperará a su parienta o vecina.  
La chica sólo asintió con una leve sonrisa y paseó la

mirada por la estancia. Una antesala con unos sillones viejos y una papelera terminada en cenicero. Pero no era para las cenizas, pues un cartel obligaba a apagar todos los pitillos en la puerta principal del pabellón. El hombre se asomó a la ventana y después salió. La chica apoyó la maleta en la pared, miró al techo y se acarició los brazos. Sentía frío. Iba a asomarse también a la ventana cuando de una de las puertas del interior salió un hombre con ropa de faena propia del lugar. Del bolsillo sacó un pitillo.

-Hola- saludó. ¿Qué edad tiene tu cuñada?

-No sé. No es mi cuñada.

El hombre no añadió nada al comentario de la chica, y todos permanecieron en silencio. Ella empezaba a hartarse de que todos quisieran casar a la parturienta con su hermano, del que, por otra parte, ninguno de ellos estaba seguro de su existencia o de si tenía edad de echarse esposa.

Si no fuera por la intensa experiencia que acababa de vivir, y de la que todavía no había salido, y del frío, ella estaría lo suficientemente despejada para saber que la edad de la parturienta no es un dato necesario e interesante para un obstetra embarcado en la resolución de un parto complicado. Además, la juventud de una persona todavía se descubre con la vista. Por lo que el fumador transgresor de prohibiciones que pregunta por la edad de su "cuñada" no puede ser el experto en partos difíciles que había estado sudando la

gruesa para sacar al niño, sino un simple auxiliar cuya ayuda ya no se necesita, por lo que tiene tiempo para vagar y de hacer preguntas tontas.

En la sala ya había algo de sonrisa y el niño reposaba en la cuna, sin emitir ningún sonido. La tía de Ana Garamond estaba sentada en una silla con las manos sobre las rodillas cruzadas. De vez en cuando echaba una mirada a la cuna y otra a la madre, que descansaba sin almohada.

-¿Qué nombre piensas ponerle?

-Judas- respondió con un hilo de voz Ana.

-¿Judas?- inquirió.

-Sí, Judas.

-Mira, hija, este nombre ya no se gasta hoy en día y debes saber que este niño sufrió mucho para que ahora le pongas un nombre así. Hay bonitos nombres como, que sé yo, Juan, Alfonso, Javi. Mira que Javi es bonito, pero Judas, hija mía, es poner las cosas muy, pero que muy difíciles al niño.

-Judas -dijo bajo Ana y dirigió la cabeza a un lado.

-Ya digo que no soy quién para cambiarle el nombre ni nada de eso, pero mi experiencia me dice que un nombre con tan mala fama...

En eso Ana abrió los ojos suavemente, pues los tenía cerrados hasta ahora.

-¿Fama?- preguntó.

-Me refería a la historia de Jesús y sus apóstoles, con las treinta monedas y todo eso. ¿Sabes cómo acabó, no?

-Judas no es un mal nombre -se limitó a decir Ana y volvió a cerrar los ojos.

La noche de España no tiene misterios para los insomnes. Vagan por las calles los menesterosos en busca de un alma benigna que les dé calderilla, aunque se sabe que esto no vale para un plato de lentejas en ninguna tasca. Hacía tiempo que las persianas estaban echadas y era la hora del café y la charla. Los que están en la calle no charlan con nadie, salvo con los que para negar niegan hasta la sonrisa del “lo siento, no llevo suelto y no mereces mil pesetas”.

La madre de la vecina está en la salita charlando o murmurando. Las mujeres murmuran siempre que hablan con sus maridos. Y lo hacen porque saben que el marido ya las conoce y no podrá decir “qué maleducá es esta mala mujer.”. Y el marido no lo hará porque lleva mucho tiempo con ella, la ha besado varias veces y ha tenido hijos con ella. Como se han visto desnudos y se han insultado así, sin ropas ni ataduras físicas, los dos creen que se pueden decir cuando quieren todas las miserias que conocen y así llevan la vida.

-¿Y dónde has dicho que ésta la nena?

-¿Por qué lo tengo que decir yo, como si fuera una mentira?

-Hombre vamos a ver. ¿Puedo preguntar por ella o no?

-La nena está en el hospital. Ha ido a acompañar a la vecina, que está de parto.

-¿Qué vecina?

-La novia de Juan.

-Me cago en la leche. Te digo siempre que cuentes conmigo para estas cosas. Esta chica lleva tiempo aquí y nunca ha venido a saludarnos ni nos mira; que no venga ahora a jorobarnos la vida.

«Es la novia de Juan.»

-Juan nunca me ha hablado de ella.

-Tampoco se lo has preguntado.

-¿Y cómo quieres que lo haya hecho?,

Juan no me contaba nada.

-Tú tampoco lo hacías con él.

El hombre bufó como haría un asno. Eso se hace siempre que no se tiene las palabras para replicar a alguien. El resoplido de la nariz suele ser audible y se mantiene la mirada sobre la persona con la que se habla, aunque de una manera vaga. En este momento se piensa con lentitud sobre algo que nos daría la razón.

-El chico nunca me entendía -dijo como poco convencido el marido. Luego de esto, mantuvo otro momento de silencio y volvió a abrir la boca:

-Si esta chica no nos dirigía la palabra, era porque no nos quería. Y si esto es así, me parece mal que tenga toda la tarde a la nena en un lugar tan

peligroso como el hospital, viendo cosas asquerosas.  
¿No he oído una tos en la habitación de la nena?

-Debe de haber venido ya.

-Jo, juraría que no la vi entrar. Y, ¿cómo sabes que el niño es de Juan?

-¿He dicho esto?

-¡Pero cómo! ¿A qué te refieres cuando dices que es la novia de Juan? ¿Acaso querrás decir que es su novia pero el hijo no es de él?

-La chica estaba de parto y necesitaba ayuda. Era el problema. El problema no es quién es el padre del niño.

-Pues haberme dicho que la nena ha ido a ayudar a una vecina y no especificar la relación que tiene con ella. Siempre andáis con rollos. Lllaman a la puerta.

-Abro yo.

La mujer se levanta y abre la puerta.

¡Hola Patricia! pasad, pasad -dijo abriendo la puerta para que cupieran por ella los recién llegados.

-Pasábamos mi prima y yo y le dije "vamos a saludar a mi amiga, que hace tiempo que no la veo". ¿Cómo estás?

-Muy bien.

Las recién llegadas saludan al marido y se sientan donde les indica la anfitriona. Miraron, se miraron y se pusieron a hablar de varios temas.

El marido se cansó, o no se cansó sino que simplemente quiso levantarse y lo hizo. Dijo que iba a leer a la habitación. Se despidió de las visitantes, excusándose, y se perdió por un pasillo. Las mujeres se quedaron hablando.

-Noto que te llevas muy bien con tu marido. ¡Qué suerte! Coincidís en todo.

-No todo lo que brilla es oro, amiga -dijo la anfitriona levantando el dedo segundo.

-Sí, de verdad, veo que tenéis una armonía perfecta.

-Es que en esto de la solidaridad debemos algunos predicar con el ejemplo y ningún otro sitio mejor que en la familia.

-No te acabo de entender. ¿Cedes ante tu marido aun cuando llevas la razón?

-Hombre, razón, lo que se dice razón, siempre se lleva o no se lleva, pero no sé si sirve para algo. Mi marido y yo no siempre coincidimos pero si me callo y le doy la razón, podré demostrar que no en vano regalamos por allí ropa, comida y medicinas.

-Pero no tiene nada que ver. No creo que porque regalemos por allí todo lo que tú dices pierdas tus razones en las cuestiones más íntimas de tu vida.

-Mira, Patricia, sé que no lo puedes entender, pero una conversación debe tener un final.

-En esto estoy de acuerdo, pero no debe ser a costa de tu silencio, o del mío, vamos.

-Es que en la amistad uno tiene que callar.

-Pero quien calla otorga.

-¡Ahí está! Todo el mundo sabe esto pero quienes mandan son los hombres y nos han educado para callar y otorgar. Hecha esta ley, también está hecha la trampa. Cuando hablo con mi marido, y en presencia de gente, no puedo dar la imagen de una esposa contestona, cuando realmente no hay necesidad. Así, esa solidaridad que tanto predicamos la pongo en práctica y él se marcha satisfecho y cada uno ganamos un punto. Yo no coincido con mi marido en casi nada, pero esto no me impide estar de su parte cuando lo quiere. ¿Por qué si puedo dar una satisfacción a mi marido le doy un pesar? Desde luego que no comparto con él está visión antigua del mundo, pero ante la gente debo mostrar que compartimos más que... bueno. Esto es lo que se llama solidaridad. ¿Y sabes qué es lo que falta para ponerla en práctica? Discreción e inteligencia.

-Hombre, hombre, puede que tengas razón, pero yo no compararía esto, que son relaciones personales, y la solidaridad que ejercemos con los países pobres.

-Bien, muy bien. Lo que dices es que es más fácil vaciar nuestra despensa para los pobres que conceder un minuto de nuestra comprensión a nuestros seres queridos. Lo que quiere decir que estos pobres no merecerían nuestro afecto si no les pudiésemos ofrecer un kilo de arroz...

-No creo que haya dicho...

-No me cortes; o que el arroz que les damos no es porque los queremos.

-Ya sabes que no es lo que quise decir.

-No hace falta que te diga que esta conversación no refleja nuestros pensamientos ni es interesante, pero es mejor que estar calladas.

-Si no fueras mi amiga...

Se callaron, suspiraron, y sorbieron lo que bebían, que siempre hay una bebida sobre la mesa en una visita.

\*¿Cómo has dicho que se llama tu prima?

-preguntó después de un sorbo la anfitriona.

-Carmen.

-Perdona, Carmen, que no te haya hecho mucho caso, pero tu prima me ha hecho reflexionar.

La prima sorbió del vaso y sonrió, para decir desde dentro, pero sin voz ni palabras "No tengas problemas, que no hablo porque no te conozco y es la primera vez que vengo a esta casa. Ya hablaré cuando nos conozcamos mejor, o cuando me pidáis expresamente mi opinión sobre algún asunto".

Las visitas llegan a su fin cuando los visitantes se marchan por su voluntad o cuando los anfitriones hacen gestos de dolor o cansancio. Hay muchos de éstos que manifiestan su disposición de dejar la charla y dicen que ya es tarde, que mañana madrugan o llevan dos días sin

dormir. Lo dicen con las manos en la cintura y con mala cara. Dependiendo de la amistad que los une al visitante, éste se avergonzará de ser literalmente echado de la casa y se pondrá en pie para dar las gracias por todo. Hay otros anfitriones que se ponen a bostezar en cada frase del visitante y no dudan en tumbarse en el sofá y prestar poca atención a la charla. En estos casos, lo que se necesitan son hombres y mujeres listos, estos que se levantan de la silla por sus propios pies e impulsos y no dan lugar a que mañana digan de ellos ¡qué pesados son!

-Ahora que estoy más despejado, puedo hablar sobre esta vecina. Dices que acaba de ser madre y no sólo secuestró a nuestra hija, sino que dice que somos los abuelos del chico.

-¡Abuelos! -exclamó la mujer; de verdad que no había caído en la importancia del hecho. Abuelos. ¡Somos abuelos! En primer lugar, ya te dije que Sonia estaba allí porque se lo pidió la tía de la chica, que vino aquí y la viste. En segundo lugar, nunca afirmé que el hijo fuera de Juan, aunque bien sabes que podría ser de él. Y en tercer lugar, debes saber que una buena acción no debería causar controversia. Y si, como dices, somos los abuelos de este niño, lo que hemos hecho hasta ahora por él es poco, por no decir nada.

-Es que Juan no se merece esta chica.

-Puede, puede.

-No sé cómo lo puedes dudar.

-¿Cómo sabes que lo dudo?

-A veces me pregunto cómo me casé contigo.

-Nos casamos.

El chico se agazapa tras una zarza y lanza una piedra para que la chica, que es buena y cumple con los trabajos de la casa, levante la vista de la ropa que está tendiendo al nuevo sol. Lanza otra piedra el chico y ella lo ha notado, aunque hace como si no se hubiera dado cuenta. Las mujeres sólo reaccionan cuando no saben lo que pasa o no ven; y permanecen impasibles cuando saben de qué va el asunto, la tos o carraspera del chico. Cuando cuelgue la última pinza a la falda rosa, Fátima echará un vistazo disimulado al lugar de donde vino la piedra y dará la espalda a la espera. Ya sabe el chico que ha sido visto, pero le interesa mucho dudarle, para dar misterio y emoción a los latidos de su corazón. Al día siguiente hará lo posible para que ella se fije en él en la plaza, solamente eso, y a partir de allí se dedicará a sufrir, pues ya sabe que ella se sabe amada, aunque no abrirá la boca para remediar el asunto.

El chico recurrirá a los versos y poemas para ablandar su dureza, mandará cartas bonitas, flores, regalos y promesas de amores y fidelidades. Suspirará y llorará. Mirará por las ventanas, madrugará para verla ir al colegio o al río, hará novillos por verla plantar, y se desesperará si sabe que ella se muda porque sus padres no se quedan.

«José Luis, ¿aceptas a Dolores por esposa por siempre, en la riqueza y pobreza, en la enfermedad y sanidad, con lluvia y sin ella?»

-Padre, no faltaría más que dijera que no. Estuve doce años tras ella.

-Y tú, Dolores, ¿aceptas a José Luis por esposo, por siempre y en todas las circunstancias de la vida?

-Sí, padre.

-A veces me pregunto cómo me casé contigo.

- Nos casamos.

Lo que el mundo todavía no entiende es que muchas veces haya tristeza y desolación en las familias, que el padre esté deprimido porque la mujer ya pasa la vida en otro lugar, o que los golpes del hacha o la navaja sieguen vidas y esperanzas. Pocos comprenden que de los silbos tras los árboles salgan celos y recelos o que un día uno de los dos vea apagar su vida por un inicuo puñal alzado por el enfado o la desesperación del otro. Hasta ahora la historia aporta más casos de penas causadas por manos masculinas, y esto hace pensar en qué se convirtieron los doce años en que se estuvo tras la bella de ojos serenos.

-A veces me asalta la duda de cómo pude casarme contigo.

-Nos casamos, José Luis.

-Yo digo esto porque la chica no es buena. Y no creo que pueda ser juzgado porque deseo lo mejor para mi hijo.

-Eres un buen padre.

-No lo dudes. Muy buen padre. Sólo quiero lo mejor para él.

-Y niegas todo a su hijo.

-No lo es y, además, esa chica no es buena.

-¿Juan es bueno?

-¿Eres una buena madre?

-¿Soy ciega?

-¿Cómo dudas de Juan?

-Mira, José Luis, ahora estamos discutiendo de una manera totalmente esperpéntica y cualquiera que nos escuchara diría que somos un par de borrachos, cuando el asunto es muy serio. Sabes muy bien que ocurra lo que ocurra, nunca abandonaré a mis hijos. Pero esto no impide que recuerde lo que ocurrió. Todos lo veíamos venir. Salíamos del cine y encontramos en la escalera a Juan, con la cabeza entre las manos suspirando por lo que sabíamos. No le dijimos nada ni siquiera cuando le encontramos violando la puerta de Ana. Tampoco abrimos la boca cuando le vimos de rodillas ante ella, en su puerta. Como no hablábamos nada de él, sentimos vergüenza cuando le vimos entrar y salir con paquetes y libros extraños.

Tampoco hicimos nada cuando nos despertaban sus rezos o invocaciones y el humo por toda la casa. Y nos hicimos ciegos cuando vimos que tras él iba Ana, todavía inocente y capaz de aprender. Y ¿sabes lo que hicimos con nuestro silencio? Condenar a un alma inocente. Ya es de noche y tengo que madrugar. No estaremos hablando durante toda la noche cuando no lo hicimos a su debido tiempo. Mañana es otro día. Buenas noches. Y que conste que tenemos una deuda grande con ella.

Los dos hombres estaban sentados uno frente al otro, pero no tan juntos como para compartir el aliento, como ocurre con los que se quieren o quieren ir juntos a la cama para juegos diversos. Habían elegido una mesa con sillas altas, pero confortables para lo que iban a hacer: beber y hablar. Son dos jóvenes, según para qué, pues muchas edades limitan. Y están en un bar, o restaurante o bebedería, lugares donde se sirven y se consumen líquidos embriagantes y relajantes. Eran horas de la tarde de un enero español normal que, de vez en cuando, recibe oleadas de frío de Siberia y otras regiones inhóspitas del nordeste de Europa. Por el frío, deberían quedarse en casa, leyendo o viendo la televisión para escuchar las confidencias de famosos o aspirantes. Pero están en la calle como otros que sienten frío, pero con la excusa de que tienen cosas que hacer. Están con la cara

congelada y la mano en los bolsillos buscando los calores. Y a todos había que agradecer, pues gracias a ellos, los autobuses no circulan vacíos y no gastan combustible en vano. Gracias a ellos, los mendigos, verdaderos y falsos, tienen a quién pedir. Gracias a los que están en la calle, las chicas solteras que salen a la calle con un buen vestido e inmejorable peinado vuelven satisfechas a casa, pues han sido miradas, se vieron guapas. Gracias a los que están en la calle, los semáforos no funcionan en vano, pues la ausencia en ella de mujeres, hombres de estatura mediana, niños solos o acompañados y viejas constituiría un insulto descarado a la civilización. ¿Para qué ese juego de luces si nadie cruza la carretera ni el rojo o el verde permite nada? Los semáforos funcionarían, pero no valdría para que nadie cruce si no tiene preferencia. Hasta ahora, nadie se ha dado cuenta de que en las ciudades las cosas importantes se hacen cruzando sin el permiso del verde, el rojo o el ámbar de la farola famosa.

Los dos hombres toman lo que han pedido y hablan.

-¡Tarde fría! -dijo Pepe, bonito nombre.

-¿Fría?, gélida, glacial.

-Siberiana.

-Por fin llega algo bueno de Rusia.

-¿De Rusia? No exageres. No me digas que debemos ahora algo a los rusos.

-Hombre, qué dices, no soy tan viejo pero

debo reconocer el papel de las Brigadas Internacionales, que si estuvieron, alguna parte de responsabilidad tuvo Rusia.

-¡Joder y la madre que parió a las Brigadas de los co...

-¡Pero qué dices!

-Mira que tienes que remontarte a las Brigadas cuando llegan día a día a España muchas rusas en busca de trabajo y otras cosas.

-¿Sólo rusas?

-Los rusos también vienen pero ¿te interesan los rusos?

-No es que me interesen, pero...

-Mira, basta de rollos; ni la Brigada de los cojones ni los rusos me interesan, pero entre unos y otras prefiero a las otras. No debes olvidar que la influencia de las rusas se puede notar más que lo que hicieron las Brigadas Internacionales. Y me extraña que nos enfrasquemos en tonterías como éstas. ¿A qué viene todo esto? Creo que no estás muy lúcido, o ninguno de los dos lo estamos. Brigadas Internacionales...

-No sabes lo que dices. ¿Por qué crees que estamos aquí? En realidad no estamos haciendo nada, pues esa palabrería vana no reportará nada a nuestras nóminas.

-Yo...

-Escucha. Nosotros estamos aquí charlando delante de nuestros vasos sobre temas

diversos, y con lo que digamos habremos ayudado en la publicación de un libro.

-¡No me digas!

-¡Cómo lo oyes! Sal tú por esta puerta y mira por la ventana de la casa de enfrente. La persiana está echada hasta la mitad y en la habitación hay luz. Cerca de la ventana hay un escritor o escritora de recursos medios que no vive de la pluma y que aprovecha el frío de hoy para aumentar páginas. El cielo es gris y hace un frío de carajo. Sopla el viento. Es el tiempo ideal para trazar una historia de estas que llaman románticas o con sentimientos. Hoy los poetas escribirán muchos poemas y los novelistas se colocarán cerca de la ventana para inspirarse. Y, ¿sabes lo que es una novela?

-Una historia inventada, un cuento. Pero ¿de verdad crees que me interesa todo esto?

-Escucha. Una novela es un hecho absolutamente real que ha ocurrido exactamente como lo cuenta el escritor. La única diferencia es que este escritor no sabe en qué lugar del mundo ha ocurrido o está ocurriendo lo que cuenta ni las consecuencias que tiene para los que la padecen o la viven o gozan. Esta ignorancia le hace dudar sobre la importancia o transcendencia de su historia y lo intenta remediar intercalando de vez en cuando reflexiones sobre la vida. No hace falta que te diga que no todos los escritores son pensadores, por lo que sus reflexiones obligadas a veces les causan disgustos, pues dicen cosas en las que no

creen en absoluto. Hoy una novela sin aportaciones filosóficas no se considera tan buena. Y ¿sabes cómo resuelven los escritores esto? Hablan por boca ajena. Ponen sus pensamientos en boca de curas, médicos, viejos. Luego se quedan bien, pues la gente lee en la novela que tal o cual reflexión es de tal protagonista.

-Pero, un momento, un momento, ¿eres escritor?

-Soy pensador. Sigo. Ahora estamos aquí hablando sobre diferentes cosas que luego otras personas se encargarán de repetir en otras partes del mundo. Está claro que no lo sabemos pero ¿qué ocurre cuando nos gusta una novela? Nos gusta porque nos hemos identificado con sus reflexiones y la historia nos gusta. Lo que quiere decir que podríamos haber sido los que, durante un viaje, se conocieron y para matar el tiempo se pusieron a hablar sobre las emigraciones, por ejemplo.

-No sé si hacerte caso. ¿Pedimos otra ronda?

-¿Qué hora es? -lo dice mientras se mira la muñeca para descubrir el reloj.

«Son las siete y media» -dijo el otro mirando su reloj.

-Todavía hay tiempo. ¿Tienes algún plan?

-A lo mejor lo que podemos hacer es pedir la ceria, pues, a este paso, saldremos de aquí a las dos de la madrugada.

-No exageres. Yo insisto en que estamos

haciendo una labor muy importante. Haremos lo que tú digas pero todavía no hemos terminado con esta interesante parte. Decíamos que los novelistas estaban obligados a poner filosofía en sus creaciones pero no todos son filósofos. Y lo pasan mal. Ahí aparecemos nosotros.

-¿Estás convencido de tus palabras o hablas por hablar? Temo que me estés tomando el pelo.

-¿Pelo? -dijo tras dar un sorbo a su vaso y secarse los labios.

Todos los cineastas se afanan en hacernos creer que sus películas son obra de arte. Al cine se le llama séptimo arte, aunque bien sabes que nadie sabe cual es el primero y el quinto. Todos tienen una vaga idea de cual podría ser. Pues bien: los cineastas más sesudos dicen que una película es mala si no incluye alguna reflexión filosófica. Se debe reflexionar en el cine, o cualquier película nos debe hacer reflexionar. Hoy todo el mundo pone su grito en el cielo por las películas comerciales de los norteamericanos, aunque todos tienen en alguna pared de su casa algún reclamo de estas películas. Dicen que son malas, pero las tragan. Bien. ¿Sabes por qué todas las películas terminan con la muerte del malo y el beso de los protagonistas? Porque todo el mundo piensa que es bueno que los malos se mueran, y en la celebración del triunfo del bien sobre el mal, se besan y llegan a más. Así, los cineastas viven contentos de su aportación a la civilización del pensamiento. Dicen, "aunque en mi

película no hago reflexiones sobre nada, pues para lo que yo contaba no se podría hacer más, insisto otra vez más sobre la necesidad de aislar o eliminar el mal del mundo, un valor universal, y así quedo bien con la gente.” No te digo ninguna palabra sobre si son reales o no las películas, pues conoces bien la vida. ¿Otra ronda?

El aludido movió la cabeza en sentido negativo como cuando decimos “este tío...”, y esbozó una sonrisa. Bebió de su vaso, se secó los labios y habló:

-Nadie diría que eres tan hablador; o que tienes tantas cosas que decir.

-Es que estas cosas no se pueden decir en el trabajo, no por prohibidas sino porque no nos pagan para filosofar.

-No me digas que hemos estado filosofando.

-Filosofando.

La tarde transcurría, y sobre esta ciudad del este de España que hoy recibe la visita del frío siberiano, se siente el paso del tiempo.

En casa de Dolores y su esposo José Luis las cosas ruedan como pueden. La nena, o sea, Sonia, entra y sale como quiere y puede. Eso lo decimos para decir que hay normalidad. La normalidad en la vida de los hombres, para los que lo han olvidado, son luces y sombras.

En el hospital está Ana Garamond esperando que su hijo Judas logre un buen aspecto que convenza a los doctores. "Hace doce días que nació," pero todavía no convence. "La primera mano, la izquierda, que sobresalió por la falda del monte de Venus, está descolorida. Sufrió mucho esta mano, aprisionada entre la osamenta del duro y dulce canal." Ahora Judas Garamond reposa, y de vez en cuando chilla por su mano descolorida y dolorida. Ana, su madre, se sienta al borde de la cama y le mira con ojos de intenso amor. Llegan los médicos, tocan, palpan, dicen alguna cosa, escriben, sonríen a Ana, vuelven a tocar y salen con el fonendoscopio sobre el hombro. Ana tiene que esperar.

En casa de Dolores y su esposo José Luis saben lo que pasa, porque su nena Sonia les ha informado. Dolores no ha ido al hospital para ver al hijo de Ana Garamond. No ha ido a ver a Judas, su presunto nieto, o hijo de la ex novia de su descarriado hijo; no ha ido porque no dijo nada cuando forjaban sus amores y se mantuvo callada hasta no saber qué fue el final. Ahora le da vergüenza ir al hospital y decir "hola Ana, soy la madre de Juan, tu vecina que no te saludaba porque no hacías lo mismo conmigo. He venido a ver al niño y saber cómo estáis".

✕Dolores está en casa, callada, y disimula su malestar tras las hojas de las revistas de famosos. ✕Acaba de entrar Sonia, y por lo mismo de antes, su madre no se ha atrevido a preguntarle de dónde venía. La chica es listilla

y se lanza:

-He ido al hospital. El niño está mejor, aunque no van a salir todavía.

-¡Dios mío! -exclamó la madre, abandonando el periódico. ¿Necesitan algo?, ¿te ha pedido algo?

-Yo creo que no necesitan nada. Además, suele ir su tía y supongo que ella le dará lo que necesite.

-Me imagino que necesitarán pagar la hospitalización o algo. Cuando vayas, dile que estoy aquí para lo que quiera, que no tenga reparos en pedir. ¿Cómo está el niño?

-Ya he dicho que bien -dijo Sonia con cierto deje.

-¡Ay, Dios! Y, ¿cómo sales sin despedirte de la gente? A lo mejor podríamos mandarle algo. Yo no sé qué hacer. ¡Ay!

Entre exclamaciones y suspiros y la escasa colaboración de Sonia, llega el padre y se informa de las cuitas de su esposa. A la primera, todos se callan porque nadie quiere ser el primero. Luego se hizo inevitable la conversación sobre el tema y el ineludible lanzamiento de trastos.

-Si no fuera por nuestra dejadez, eso no pasaría -se adelantó a decir Dolores.

-El posesivo es justo, sí señor. Nuestra, adjetivo posesivo para varios poseedores, hombres y mujeres...

-Mira, José Luis, por lo que más quieras, deja las burlas. Y piensa que si he dicho “nuestra” es para salir del paso. ¿De quién es la culpa de todo eso? ¿Quién se mantuvo con los brazos cruzados cuando vio perderse a su hijo?

-No me digas que soy el culpable de todo. Seguro que también soy culpable de que en cinco años no hayas podido dirigir una sola palabra a la chica a la que seguía como lo hace una mosca a la miel tu hijo.

-¡Tampoco lo hiciste, maldita sea!  
-levantó la voz Dolores.

-¿Desde cuándo los hombres entran en el matrimonio de sus hijos varones? Eso es cosa de mujeres.

-¿Es cosa de mujeres? Acaso los niños nacen solos. Si no fuera porque está aquí la nena te diría una cosa, José Luis.

Esto lo dijo Dolores enfadada, y cuando hizo mención de Sonia, dirigió las manos en dirección a ella y la chica entendió que decía: “Anda, hija vete, y déjanos solos, que queremos hablar como mayores”. Miró al suelo ruborizada y se metió en su habitación. Quedaron por fin solos sus padres.

-Esta niña es de la edad de Juan; como menor, y teniendo amistad o amores con mi hijo, me debía respeto. Yo no esperaba más de ella. Si no me saludaba ni me dirigía la palabra, me afrentaba; me pides mucho si querías que a pesar de ello fuera yo la que

mendigara su amistad.

-No sé si cuando hablas así consideras que, como padre, no me merezco este respeto de ella, por lo que mi silencio era justo, como es el tuyo. En todo caso, te debo decir que desde tiempo inmemorial hasta ahora todas las madres se han hecho merecedoras del respeto de sus nueras. Creen que por ser madres del chico que pretende a la nuera las coloca en un pedestal. Cuando se encuentran con nueras reacias a las sumisiones se sienten ultrajadas por la historia.

-Juro por Dios... -iba a decir algo Dolores.

-Aguarda, que ya jurarás luego, que no he terminado. Lo que no quieren entender las suegras es lo que sufrieron sus hijos para conseguir una sonrisa de la chica y lo que aguantaron para ver su braga, ya no digamos lo que esperaron para verla sin ella. Las mujeres nunca han sabido si las chicas se portan bien con sus hijos en lo que esto se refiere a esto que no hace falta que te diga, y ninguna de ellas sabe que sus hijos lloran muchas noches porque la chica no quiere abrirse las piernas. Tampoco saben si estos hijos, a los que creen que conocen bien, están obsesionados por el sexo, por lo que la ausencia de mujeres en su vida los podría convertir en criminales. No hace falta que te diga que tener hijos está bien y gusta a muchos. Pero el atractivo de una relación de dos personas de sexo distinto es que pueden acostarse juntos y hacer cosas que les gustan. Y

hasta ahora, la mujer ha ofrecido más. Dime si en este panorama se justifica la sumisión que exigen las suegras a las nueras, y termino, que pensarás que no soy más que un jodido feminista frustrado. ¡Nena! ¿dónde está la nena?

Sonia salió de la habitación ante el requerimiento ruidoso de su padre y encontró a Dolores echando lágrimas; lloraba por las mentiras de su marido; o puede que lo que le hacía llorar eran las verdades de José Luis, que le provocaba remordimientos de conciencia. Desde hace mucho se sabe que las verdades hacen tanto daño como las mentiras.

-Sonia, hija ¿sabes algo de tu hermano?

Sonia abrió los ojos y no contestó pronto a la pregunta de su padre.

-No, papá. ¿Cómo lo puedo saber?

-Y yo qué sé. Es tu hermano y pensé que sabrías algo. ¡Ay!

Sonia aguardó un segundo, y sin decir otra cosa, se metió otra vez en su habitación. En este caso se comprende, pues no tenía nada más que decir. Esto se dice para referirse a la soltura con que los hijos tratan a sus padres. A los desconocidos, a quienes no debemos nada, se les habla con respeto y sólo nos marchamos de su presencia con su permiso expreso o cuando terminamos para lo que habíamos sido llamados. Pero a nuestros padres no les demostramos respeto, sólo porque la tradición cree que les debemos amor y les amamos.

De esta manera, cambiamos este respeto por ese amor que nunca les expresamos. Hay muchos niños que creen que estas caricias que les hacen sus madres cuando tienen un poquito de fiebre es el agradecimiento por permitirles sentarse al borde de la cama y compartir la magia del estado febril. Luego se hacen mayores y hasta los cuarenta años no dudan en echar mano del portamonedas de ellas para costearse los vicios, aunque en el trato con ellas se comportan como si estuvieran ante una compañera cualquiera. Nadie sabe si las madres prefieren el respeto de sus hijos o el cariño.

Nadie sabe dónde está Juan y quizá si apareciera, nadie se atrevería a preguntar si sabe algo del hijo de Ana o si llegó con ella a otra cosa que no fuera más que besos. Todos callarían y así se mantendrían para que el silencio le hiciera intuir que hay algo que quieren saber. Claro está que ese silencio no los mantiene encerrados en sus habitaciones o enfrascados en sus lecturas. Son estos casos en los que cuando se espera que alguien abra la boca, lo conducen a una estancia, y como por una seña, todos dejan lo que tienen entre manos o pasan la vista por las hojas demostrando escaso interés por lo que leen. De vez en cuando se levanta la mirada para observar de manera disimulada a la persona que se quiere oír, volviendo rápidamente a las hojas cuando se encuentra con su mirada. Nadie abriría su boca para preguntar nada a Juan, pero ahora sufren como si lo harían si le tuvieran delante de ellos.

Dolores se levantó, se sonó y se metió en la habitación. José Luis entró tras ella y al poco salieron los dos, vestidos para la calle. La esposa se quedó en el umbral tras dar un beso a su marido. Luego entró y se sentó en un sillón.

Sonia salió de la habitación y encontró a su madre allí y se extrañó:

-Creí que habías salido con papá -dijo sentándose a su lado.

-Íbamos a casa de un amigo de Juan a preguntarle si sabía algo de él, pero como yo lo veía inútil, me quedé.

-Y, ¿porqué lo veías inútil?

-Mira hija, Juan no es mi cocinero ni mi sastre ni algún compañero de trabajo; es mi hijo, ¿comprendes? Y me parte el alma ir a otra parte a preguntar por él. Es vergonzoso.

No se sabe si es por el sexo compartido o por la necesidad de ayuda mutua por lo que las niñas siempre se han creído con derecho a conocer los secretos de sus madres, en detrimento de la ignorancia de los chicos. La cercanía de Sonia a su madre era para oírle hablar. Pero ya sea porque la madre no tenía nada que contar o porque no tenía ganas de hablar, Dolores no volvió a abrir la boca, hecho que motivó que Sonia hiciera lo mismo. No tardó la madre en levantarse y meterse en su habitación. La chica adoptó la horizontalidad, alargó los pies y se quedó tumbada con la cara arriba.

Pasaron unos minutos y salió de la habitación la madre sin la ropa de calle. Se sentó al pie del sofá, a los pies de su hija y después de un suspiro, dijo.

-Hace poco, no estabas y vino la policía preguntando por Juan. Les atendió tu padre. Si sabes algo de tu hermano, cuéntanoslo.

Después de esto, se mantuvo allí unos minutos y luego volvió a su habitación, cerrando la puerta. Sonia siguió como estaba, con los pies extendidos y con la mirada en el cielo de su casa en una calle de esta ciudad del este de España.

Lo primero que se consiguió con la civilización del consumo y avances tecnológicos es la uniformidad de las ciudades. Hoy todas las ciudades del mundo son parecidas. En ninguna se usan las patas de cerdo como bombas arrojadas, todas tienen sitios públicos, como burdeles, tiendas y bancos, en ninguna se sacrifica cada 7 de febrero una gata para el dios *Usngeop* y en todas se puede asistir o practicar algún deporte. Todas son tan parecidas que ninguna influye o determina la manera de ser de sus habitantes.

En España las ciudades tienen distinta disposición geográfica y todas tienen su historia, pero no hay diferencia entre una muchacha que está echada en un sillón en su casa de Zaragoza y otra, que con las tetas arriba, mira el cielo de la suya en Valencia, pues todos los cielos son iguales.

Bares hay infinitos en toda España, pero en estos lugares

de venta de bebidas lo que más se ve es el color del mantel de la mesa y la cara de quien está contigo, si no vas solo. Nadie puede saber en qué ciudad está si se halla frente a una jarra de cerveza, muy cerca del aliento de otro, por más desconocido que fuera éste. Lo que nos da la seguridad de que seguimos en el mismo lugar es el exterior, algo con lo que no contamos, y los recuerdos del día a día.

José Luis franqueó la entrada del bar, miró dentro con disimulo y se acercó a una mesa vacía. En la mesa más cercana estaban dos jóvenes, hecho del que se pudo dar cuenta cuando se levantó para colgar su abrigo. Se acercó una chica y le convenció de que pidiera algo, pues estaría mal visto que no pidiera después de desabrigarse y tomar asiento. No estaba en su casa. José Luis pidió lo que quiso y la chica se marchó con una comercial sonrisa en los labios.

Los jóvenes de la mesa de al lado hablaban de sus cosas y de las de otras personas. Como estamos en un mundo de silencio, nadie interviene en la conversación de otros si no es expresamente invitado al entierro:

-Perdonen chicos, pero creo que el amigo no tiene razón.

-Perdonado, pero ¿qué me dices de los miles de jóvenes que gritan y se desmayan en los conciertos por sólo ver tocar a los famosos? Mi opinión es invariable: la familia de hoy es la causa de este

descontrol. No ofrece ninguna alternativa al...

-¿No ofrece ninguna alternativa? -cortó

José Luis.

Ante su intervención, uno de los chicos se acerca a los oídos del otro y le dice bajo:

-¡Cómo es el hombre! No pide permiso para entrar en conversación, pero cuando lo hace, mira. ¿Le mandamos callar?

El otro guiñó un ojo discreto a su compañero y dijo alto:

-Puede que el señor tenga razón. En este caso estamos ante un padre que ha educado a sus hijos en la más rancia tradición.

-Hombre, primero habría que ver si tiene hijos -aclaró el otro.

José Luis se levantó de su mesa y se sentó en la de los contertulios.

-Con su permiso -dijo cuando arrastraba la silla. Me llamo José Luis. ¿Ustedes?

-Alberto, encantado.

-Pepe, mucho gusto.

-Amigos, en efecto soy padre de dos hijos. ¿Son padres?

-No- dijo Alberto.

Como Pepe se mantuvo callado, el recién llegado supuso que tampoco era padre.

Después de ofrecer sendos pitillos a los nuevos amigos, encendió el suyo, ofreció fuego a los demás y

empezó a hablar. Dos horas del día gastaron en ese bar.

¿De qué hablarían tres hombres frente a sus vasos de ginebra, cerveza o coñac? De cosas triviales, como mismamente la vida. Cuando se está en un bar se dicen verdades que todo el mundo cree utópicas. Se discute con ardor y se razona con fogosidad inusitada, pero saben que sus verdades vuelan como los vapores del alcohol. Lo justo sería que las verdades se reservaran para situaciones mejores de sobriedad, como charlas familiares, fiestas entre primas que se casan o se despiden de la soltería, reuniones de abogados, asambleas de políticos que se unen para mejorar el mundo o de consejeros del Papa que luchan contra la desigualdad. Las verdades duelen más cuando se está borracho, cuando el poder del alcohol convierte la decisión del gobernador en una soga. Pero lo hiriente es que nadie toma en serio las verdades contadas enfrente de la octava jarra de cerveza, al filo del amanecer, aunque los bebedores más asiduos reconocen que nunca pierden la conciencia por la competencia atroz que hace el vino a la sangre del siniestro ventrículo.

Bebes y bebes y el alcohol te hace atrevido. La carne del calzoncillo se hace caliente y pugna por salir para gozar de hembra dulce. Te acercas y vas al grano, que no eres niño. Si hay sintonía, mañana contarás a tus amigos y a ti mismo si el alcohol es bueno o malo para conversaciones de mayores, oído fino. Pero si la moza

huele a la primera el aliento del diablo y ella sólo toma fanta con hielo, cosa útil para educadas, te aparta con una sonrisa porque sabe que no alabarás el bello estampado de su bragueta de algodón, pues el alcohol riñe siempre con el gusto. Mañana te mirará y te saludará como si no hubiera pasado nada; sin embargo, tú, recuperada la vergüenza inicial, mirarás lejos y sacarás los colores de la cara para pedir disculpas. Lo de anoche fue una verdad de catedral; la querías desde hacía tiempo. Lo malo fue que ocurrió como lo estamos contando: Nadie cree en la verdad del alcohol.

Pero como nadie hace caso a ésta última verdad, en los bares todos riñen y a veces insultan, y se insultan, para hacerse oír. Luego se apenan al día siguiente cuando se dan cuenta del ridículo de creer que la verdad vale para algo, en un mundo donde todos están obligados a creer en una sola, aunque, paradaja, nadie dice nada.

¿De qué tienen que hablar los hombres de hoy en un bar después de la comida y de la siesta?

De la contaminación ambiental, de la delincuencia, de las guerras, del paro del proletariado, del fútbol y de la dictadura de los políticos, o sea, de la democracia. Hablan igualmente del hambre y de las guerras del tercer mundo, de las ongs, que escriben con letras versales, de los ídolos modernos, de las relaciones con el sexo opuesto y de los besos con el mismo sexo.

Si los coches de Ford tienen que dar trabajo a miles de tudescos, francos y lusos, cerrar una fábrica porque su humo contamina es firmar un contrato con la miseria. En un mundo de ideales, donde lo mejor es la ilusión y todo se vende y se compra, lloverían protestas cuando alguien intente poner freno a los abusos y al humo. Además, los que mandan no están exentos de culpas. Lo mejor que han hecho es hacer creer a la gente en la libertad, palabra vacía.

Hoy el mundo cuenta las guerras del tercer mundo con un descaro impresionante. Las cuentan con pelos y señales y cuentan hasta la última sangre vertida y lamentan en público que los fabricantes y traficantes de armas no dejen el negocio. Pero en privado, al lado del café caliente, recrean la historia y se llevan la mano a la cabeza de lo salvajes que son los del tercer mundo, pues no paran de matar. De allí salen las ongs de sus hermanos, éstos que nada más salir de la cárcel por eludir el servicio militar, piden su parte de herencia y se meten en la selva a poner inyecciones para paliar los efectos de su guerra, pues es la guerra de los primeros, los otros hermanos que se hicieron millonarios vendiendo coches y “material pesado” después de hacer el servicio militar. (Está claro que es una farsa lo de llevarse la mano a la cabeza por las matanzas del tercer mundo)

Los ídolos modernos son el eslabón final de un mundo que nunca ha tenido creencias, pues la mayoría

de la gente cree que los famosos no son nada. 860, en italiano, para quien conozca esta lengua. Otto fue un famoso, una pista.

El fútbol es el opio del estado, pero se les ha desbordado el fenómeno.

Y mientras luchan las mujeres para alcanzar la igualdad, y a medida que se sienten queridas y respetadas, se dan de narices con el destape de la historia y la perplejidad del hombre: aunque no es de hoy, la homosexualidad se está presentando como una batalla más que debemos ganar en nuestra lucha por las libertades. Hablan de opción sexual, de libertad de elección y de bellezas. Lo que nadie quiere decir es que hasta hace poco la homosexualidad era, junto con una lista de conductas y preferencias humanas, inadmisibles e intolerables. De la misma manera que no se toleraba el incesto, el bestialismo y otros tipos de horrores, la homosexualidad era condenable y condenaba. Hoy, muchos hablan de la homosexualidad y citan las penas que sufrían los que la practicaban. Pero paralelamente, todavía todos condenan el incesto o el bestialismo. Es una paradoja. Y es que esta práctica ha pasado de abominable a normal, sin que nadie se atreviera a preguntar por la suerte de los otros vicios que estaban en la misma tabla con ella. El incesto es condenable, la homosexualidad ya no lo es. Algo ha pasado, y es que nadie se ha dado cuenta de cuándo han cambiado los valores, para que lo malo se haga bueno y plausible. Y

creían que el Papa iba a hablar y ha cerrado la boca. Que Dios nos pille confesados. Así sea.

Todo esto se puede decir en un bar, con los labios mojados y obsequiando a los compañeros con alguna tos, pues la cerveza se acompaña de humo. Y esto se puede decir porque se sabe que no se piensa arreglar nada, que pese a las verdades y mentiras con alcohol, mañana, cuando nos miremos en el espejo, creeremos que hemos hecho el ridículo.

Los amigos apuraron sus vasos, y se despidieron. O se despidieron y apuraron sus jarras.

-Hay una cosa que no comprendo, Dolores, y es que mi hijo, mi hijo es padre y nadie me ha ofrecido ninguna información de lo que pasó.

-Pero, ¿qué información querías si esto se ha tratado en casa?

-Se ha tratado en casa pero dando por supuesto que estaba enterado.

-Y, ¿quién querías que te informara?

-¡Y yo qué sé! Creo que nos hemos vuelto locos. Tengo un hijo del que no sé nada hace al menos un año y medio, y al que busca la policía. Me entero que es padre y nadie me informa de la paternidad. Mi hija y mi mujer se compinchan en marginarme. No sé...

Locos.

“Juan, Juan mío. Tardé en captar tu mensaje y revoloteé como mariposa indecisa. No capté los latidos de tu corazón y me negué a recibirte cuando me necesitabas para la vida. Y es que no veía. Te paraste en medio del puente para contemplar a los deportistas que sudaban en el jardín del antiguo río, pero no pudiste ver nada, pues aquella mañana te negué el saludo. Debajo del puente hay jóvenes y viejos, paisanos y de otras tierras, que van a todos los lugares con sus mantas porque no tienen dónde dormir. Y por la noche, se acurrucan en un rincón del cemento del poste y piensan en España y en sus tierras fuera de nuestras fronteras y dejan caer una lágrima por el frío intenso de las diez de la noche. Estabas allí en medio del puente y veías a los pobres y desheredados de nuestra prosperidad, pero no podías decir nada, pues no los mirabas. Y no lo hacías porque otra mañana te negué el saludo y se ensombreció tu corazón.

Tardé en mirarte y en quererte por la ceguera en que vivía, pero al final te descubrí. ¿Cómo te vas, ahora Juan, ahora que hemos sellado El Gran Pacto y hemos

ofrecido el Cumplimiento a la Causa de Reparación? Sabes que sin ti no soy nada, pues el camino lo empezamos juntos. Lo único que me queda es la esperanza en un futuro estable. El futuro estable del Señor.”

Ana Garamond abrió los ojos después de la oración, se secó las lágrimas y sonrió a Judas, su hijo. Luego lo cogió de la cuna y lo puso a mamar. Mientras mamaba, el niño jugaba con su madre, acariciándola. Era un bebé y estaba bien en el regazo de su madre, Ana Garamond. No pudo comprender por qué ella echaba aguas por sus ojos y de vez en cuando se sonaba. Los bebés no comprenden el llanto ni la tristeza.

Fue antes de todo, antes de que apareciera la oscuridad. Ana Garamond había descubierto el amor de Juan y se veían felices. Atrás quedaban los celos, las dudas y el llanto en la escalera. Ana confió su corazón a Juan y ambos juraron recorrer juntos el camino de la vida. Cuando Juan se sintió seguro, le enseñó “su casa”, le llevó a ver a “sus hermanos”.

-Pero, ¿a qué hermanos te refieres, cariño, si estos de aquí son tus padres?

-Ven y verás -respondía Juan a Ana.

✧Juan no era hablador; y no es que fuera muy callado, sino que era de esos mayores que no saben hablar, que tiemblan cuando cuentan verdades. Era de esos que

necesitan de muecas para apoyar sus escasas palabras. De esas personas que parecen nerviosas cuando se ven en la obligación de contar algo, y que acaban moviendo la compasión de los demás. Juan era como un mayor sin desarrollo. Quizá si sus padres se hubieran dado cuenta, o si se hubieran atrevido a mirar a la verdad, le hubieran puesto en manos de un experto que indagara y propusiera sobre su trastorno. Pero ya sea porque no se dieron cuenta o porque tuvieron miedo, le dejaron crecer sin la habilidad de transmitir sus pensamientos. Y pensaron que no decía nada porque no tenía nada que decir. Un error que le marcaría para siempre.

Con su parquedad y zozobra, con su alegría y entusiasmo, convenció a Ana Garamond sobre la importancia de conocer a sus verdaderos hermanos. Y se le veía con los ojos iluminados, como niños en sus primeras alegrías.

Pero como en el amor no son necesarias tantas palabras, Ana Garamond cedió y abrió su corazón. Cuando ocurrió esto, fue posible la visita a la "otra casa" de Juan, el de pocas y raras palabras.

Era un viernes frío, muy frío para ser un día de tarde y noche larga de copas y charlas. El estado del tiempo estuvo a punto de dar al traste con la primera visita, pues Ana se escudaba en ello para cobijarse bajo las mantas. Un silencio y una mueca le hizo desistir. Sacó los pies de la manta, se calzó y se arregló.

El taxi les dejó al borde de la acera y se apearon. Juan la

cogió de las manos y frente a un edificio de varias plantas llamaron a un número. No tardaron en abrir. Llegaron a la puerta del ascensor y pulsaron. Entraron cogidos de la mano y volvieron a marcar. Era el "S", un signo que estaba debajo de los números habituales de los pisos. Iban a bajar. El ascensor tomó impulso y en pocos segundos los ocupantes notaron la fuerza de la inercia. Habían llegado. Pero durante la breve trayectoria, Juan había tenido tiempo de rodear con sus brazos a Ana y ofrecerle un beso y una sonrisa. No hablaban. Se abrió el ascensor y salieron a una amplia sala o vestíbulo iluminado con dos puertas opuestas. Pese a su iluminación y a la sensación de orden, no había nadie en el vestíbulo. Juan volvió a mirar y sonreír a Ana, y cogidos de la mano, entraron por la puerta, de piezas deslizantes, pero muy ligeras para sus dimensiones, y desembocaron en una estancia. La sala, que estaba menos iluminada que el vestíbulo, estaba ocupada por varios hombres y mujeres sentados en el suelo, dispuestos en filas y columnas y por parejas y sin ellas. Los hombres no hablaban, pero tenían los ojos cerrados. Desde la puerta, los recién llegados descubrieron un hueco para dos personas en una fila, y sin que tuvieran que necesitar de guía, que no había, fueron directos a ello.

Pasaron entre los sedentes sin que éstos abrieran sus ojos. Ana y Juan ocuparon su lugar en el suelo. Una mirada del último bastó para que ellos supieran lo que

había que hacer: cerrar los ojos y esperar.

En la sala no había ningún desnudo, ningún resto de festín macabro ni resto de sustancias alucinógenas ni drogas. No había humo ni música diabólica. Sólo silencio.

Estuvieron así un rato, hasta que el ruido de algo que se movía sobre ruedas los despertó. Era una silla de ruedas, ocupada por un hombre delgado y de rostro afable; éste, ayudado por sus manos, se situó delante de los orantes. Pero sólo Ana se alteró por la llegada del hombre y fue la única que abrió los ojos y volvió la mirada cuando oyó el ruido. Cuando se puso enfrente, todos abrieron sus ojos para recibir el saludo del discapacitado. Habló con serenidad, y mientras lo hacía, no dejó de fijar su mirada en la de Ana, que se sintió por momentos algo incómoda. El hombre terminó su breve salutación y se metió por otra puerta, deslizándose en la silla.

Luego de su ida, los “hermanos” se dispusieron en círculo y empezaron a hablar entre ellos, sin tema fijo. A medida que avanzaba la informal charla, el círculo se descomponía, pues los hermanos se juntaban por intereses o ideas. No fumaron ni bebieron, no se desnudaron ni se tocaron. No aspiraron polvos o esencias. Sólo hubo contacto visual y verbal. Una especie de timbre en una de las estancias puso fin a la reunión. Habían estado como dos horas.

En el camino, o en casa, Ana quiso saber más de esta

hermandad y con sus pocas palabras Juan le puso al corriente.

-Y, ¿tenéis libros y misas y estas cosas?  
-preguntó Ana.

-Bueno, no es precisamente una misa, es una reunión de hermandad. Y sólo van los que quieren pero a partir de la sexta visita consecutiva.

Ana se calló y se puso a pensar sobre todo: su pasado, el amor de Juan, las charlas con los "hermanos", las visitas consecutivas. Y las cumplió.

Las voces salían de unos altavoces colocados detrás de una mesa larga que estaba enfrente de los hermanos. Todos los puntos de luz de la sala dirigían sus rayos al techo de la estancia. Una sesión de silencio precedió a la irrupción de las palabras del "Guía". Era de un tono normal, pero lo suficiente para ser escuchado por todos. Al menos, el discurso empezaba normal.

Habló de los hombres, de las mujeres, de la paz, de las guerras y del abandono del hombre por el hombre. Habló de la destrucción del mundo. Tomó un descanso y empezó con unas inflexiones de la voz que conmovieron a los oyentes. Cuando invitó a la oración, muchos de los presentes se apenaron por sus pecados y golpearon sus pechos. Algunos derramaron lágrimas.

En casa, Juan y Ana comentaron la experiencia. Compartieron la experiencia de una jornada de examen

y reflexión. Se aman, son hermanos. Pero Ana notó que un haz de luz de los ojos del Guía se depositó en ella con particular fijeza, aunque momentánea. Y lo hizo saber a Juan.

-Será porque eres nueva. Te quería conocer.

Ana bajó la cabeza y tuvo esperanza. Suspiró.

“ Hermanos, han pasado muchos siglos para que en el mundo se hiciera justicia. Muchos siglos han pasado para que la humanidad reconociera la verdad. Antes fue oprobio y calumnia lo que se vertió sobre el santo apóstol. Calumnias y mentiras. Ni tres vidas en la hoguera serían suficientes para reparar el daño que hemos hecho o al que hemos contribuido con nuestras palabras, acciones u omisiones. Hermanos, nada de lo que hasta ahora hemos oído del apóstol Judas es como nos han querido mostrar. Y a esa conclusión, hermanos, se llega estudiando con la luz divina la palabra de Dios. Son nuestros pecados los que han permitido que durante siglos y siglos permanezcamos en la ignorancia. Y una razón que apoya nuestras afirmaciones es que Judas, el gran maestro, fue discípulo elegido del Señor y el Señor no puede elegir con su voluntad lo malo.

Las revelaciones que ciertos líderes de algunas iglesias ocultaban a sus miembros contribuyeron en la formación de una imagen retorcida de este apóstol de la Iglesia. Y es que desde siempre han querido ocultar toda

información sobre Judas para poseerla en exclusiva y manejar a la humanidad. Para todo el mundo, Judas es el discípulo malo, el ladrón, el envidioso, el avaricioso. Y esta fue la única cara que algunos lucharon por mostrar durante siglos. Y la caída de Judas, a quien queremos hoy levantar para que ocupe su lugar, vino marcada por un suceso en el que nadie reparó, hasta que revelaciones más recientes lo han aclarado:

El suceso empezó en la Última Cena, donde se reunieron los discípulos para celebrar la Pascua. Allí, cuando el Maestro mostró su tristeza por su muerte inminente, el corazón de Judas, frágil y amable, latió de muerte y bastó una palabra más de Jesús para que su zozobra aumentara. Al dirigirse al él en una circunstancia especial, Judas se emocionó tanto que no pudo hablar. Sabía que recibía la última orden de su Gran Maestro, sabía que era la última vez. No pudo contener la emoción ante la petición del Señor y salió de la sala para no amargar la cena con su llanto. Y al salir, ciego por la angustia, cayó desmayado al lado del camino. Como sabemos, esta falta de riego sanguíneo que sufrió su cerebro durante el largo desmayo alteró su conciencia y le trastornó. Y este trastorno, esa locura, fue la causa de su perdición. Judas se despertó irreconocible, enfermo y ciego. Ya nada de lo que hizo fue un acto humano. Movidado por su enfermedad, pactó con los sacerdotes la detención de su Maestro, guió a los soldados y a partir de aquí todo lo que hizo fue digno de pena. Hermanos,

nadie compra un campo grande y una vez asegurada su posesión se ahorca. Pero movido por el amor a sus hermanos, en sus últimos momentos de su vida, dejó instituida la donación de bienes a la Iglesia y sus dirigentes, donó el producto de su bolsa para aliviar la pobreza de sus hermanos. Hermanos, todo lo que podemos hacer para reparar este daño es poco, pero si nuestra sana unión tiene a Dios como meta, habremos contribuido con su fruto a la Causa de la Gran Reparación. Nuestra vida se encamina al Futuro Estable. Os pido, hermanos, que mientras depositamos con alegría nuestras ofrendas, dirijamos nuestra oración de esta mañana al apóstol San Judas Iscariote”.

La voz era serena, pero los técnicos se encargaron de subir o bajar el volumen según los puntos del discurso, de tal forma que al escucharla, el efecto de distintos tonos causaba una sensación angustiosa incapaz de definir. Esa manera de dirigirse a los “hermanos” tenía sus efectos.

“Se llamará Judas” -dijo Ana, ante la insistencia de su tía sobre la conveniencia de un nombre mejor. “Judas será su nombre”.

Los vientos boreales siguieron soplando sobre la ciudad española del levante, para que sus ciudadanos abrieran sus recuerdos y se dieran cuenta de que hacía dieciséis años que no hacía tanto frío.

Aparte del frío que tenían que soportar, algunos tenían que luchar con otra ola de frío más sutil e intensa: las contrariedades de la vida.

Desde la marcha de Juan, nadie sabía nada de él. Ya se habían desesperado todos hasta que un policía toca el timbre y pregunta por él. No estaba, pero la ley no pregunta por nadie si éste no tiene nada que declarar.

Desde su silencio triste, al lado del crecer de Judas, Ana Garamond también sufría, lloraba y preguntaba. Desde que empezó el camino de su vida, pocas alegrías había recibido. Y el final es el nacimiento de su hijo Judas, que se apellida como ella porque el padre todavía no ha venido al pie de la cuna para tomarlo en brazos y sonreír con él. Juan está lejos, o cerca, pero no ha venido. No estuvo para dolerse con ella cuando Judas Garamond

sentía el corazón de Ana y pidió salir. En los primeros dolores de un día frío, Ana estaba sola en su casa con la cara descompuesta por las prisas de Judas Garamond. Juan no estaba para acariciarle la barriga de vez en cuando, en los momentos de sudor y dolor. Y Judas Garamond sacó una mano desde el vientre de su mamá, pero no tuvo nadie que la apretara y le animara. Su padre Juan no estaba para recoger la mano tendida en busca de apoyo. Y Judas Garamond nació sólo y no vio a su padre. Ya no estaba. Se había ido.

Juan se fue ese día en que apareció en el tablón de anuncios del Centro de Acercamiento Mundial su nombre y el de Ana Garamond. Y fue la sentencia, porque sólo aparecen en este lugar los nombres de las personas que el centro descarta porque las considera con "deficiencias graves en su comportamiento". Los nombres aparecen sin otra información adicional, sin nada al lado, sin otro texto. Basta con que aparezca en el tablón para que la persona referida se dé por descartada de la comunidad. No hay quejas, no hay revisión del caso, nadie puede decir nada. Sólo había un pequeño atisbo de esperanza en el día de la cena de hermandad. Y Juan se aferró a ella como el náufrago a la tabla en medio del océano. Si en este día encontraban un sitio libre y toallas para secarse a la hora de la purificación, esto significaba que su caso había sido revisado y eran nuevamente admitidos.

En ese día todos se preparan desde la mañana para la

gran cena. El acto empieza en el amplio salón con una charla informal entre los hermanos. Luego de una breve pausa musical, se oyen mensajes del Guía que invita a los hermanos a compungirse por las faltas cometidas; después de estos, una sesión de música embriagante que los conduce a golpearse el pecho y a llorar a viva voz por deshonorar al Señor. A medida que se golpean el pecho, baja el volumen de la música hasta hacerse imperceptible, ocupando el lugar de ella los sollozos de la comunidad. La mayoría de las veces acaban echados en el suelo, nadando en sus lágrimas. La sesión termina con unas oraciones comunes y después todos se levantan y se dirigen a los lavatorios, para purificarse antes de la cena.

Ana y Juan estaban allí como uno cualquiera de los fieles, apenados por sus faltas, a las que añadían la zozobra de no saber qué pasaría al final. Su sudor, los golpes en el pecho y las lágrimas eran más por la incertidumbre que por las faltas cometidas. A medida que avanzaban en la ceremonia, sus corazones amenazaban con romperse, de lo fuerte que latían. Cada minuto era una inmensidad. Sudaban a mares y lloraban a cántaros. El corazón no paraba de latir. La música dejó de sonar y se hizo un solemne silencio. Luego siguieron las voces de la oración común. Su corazón latía. Terminó la oración. El corazón latía todavía más, y eran, los dos, incapaces de experimentar otra sensación que no fuera el latir de sus corazones. Se levantaron a duras

penas siguiendo a todos en busca de sus lavatorios. Se oyó el ruido del agua de los primeros en llegar. El corazón de Ana y Juan dejó de latir y sólo podían, a duras penas, arrastrar los pies, de la intensa angustia. Cada uno entró por un cuarto distinto, se miró al espejo, y se dirigió al grifo. Ana giró la llave; Juan hizo lo mismo. No salió ninguna gota de agua. Se aseguraron de que lo hacían bien. Ninguna gota. Se frotaron los ojos y miraron, y vieron que no había ninguna toalla. Salieron del cuarto y miraron a izquierda y derecha, para asegurarse de que no se habían equivocado de cuarto o que la ausencia de agua era general. Se fijaron en cómo salían otros lavados y abrieron los ojos, como poseídos. Sus piernas flaquearon. Ya no pudieron hablar. Abrieron el almacén de sus lágrimas, aunque sabían que el recurso era inútil. Ya nada podían conseguir, por más lagrima que vertieran. Y se fueron, después de acercarse otra vez al tablón y leer los nombres, mientras sonaban los cubiertos de sus hermanos en el gran comedor.

Y Juan se fue. Se fue con Ana. No pudo preguntar por las razones o si pudo haber algún error. No se da esta posibilidad. Juan leyó los nombres, miró a los compañeros, hermanos de hacía mucho tiempo, volvió a leer los nombres y no tardó en verse en la calle. Ya no le abrirían las puertas cuando apareciera con Ana para la reflexión comunitaria.

Ana Garamond nació en la frontera francesa

porque su madre ya regresaba a España tras años de desarraigo, cuando la miseria y la represión de aquí no permitían nada. Allí, en el extranjero, algo había que hacer para ganarse la vida. Y la madre de Ana, aparte de sudores derrochados, se sentía mujer e hizo lo que pudo. El hombre se hizo alcohólico, o ya lo era pero disimulaba. Semejante hombre no se lleva auestas cuando se regresa a la tierra con la esperanza. Pero Ana Garamond ya estaba en el camino y su madre rompió aguas cuando faltaban minutos para poner el pie en España.

Taparon a la niña y anduvieron lo que faltaba para volver a la tierra de antes, la de los padres. Pero por más vino que gastaba el francés, si es que realmente lo era, algo debía tener para atraer a la madre de Ana. Quien tuvo, retuvo. La niña se llamó Ana Garamond, por su padre.

Nació sana y lloró como todos los niños. Era una flor, bella como todas. Pero en la España nueva y valiente que renacía de sus cenizas, la bella fue vilmente manchada por un obseso que no sabía distinguir niñas de mujeres ni sabía cómo se llega al corazón de las damas. La madre de Ana sufrió y lloró. Y el suceso marcó para siempre la vida de su hija: a partir de aquel día empezó a sufrir alucinaciones, calambres y otras molestias. A estos males se sumaron los ataques epilépticos, tan temidos en los ambientes rurales de escasa información de aquel tiempo.

Pudo tener algún consuelo de su madre, pero todo este cúmulo de males hicieron de ella una persona estigmatizada, enfermiza y solitaria. Su vida no fue fácil; la historia no fue buena con ella. No tuvo suerte.

Vivía sola y sólo de vez en cuando la visitaba una tía suya. Siempre estaba sola, pero no por su voluntad. Por eso, dudó mucho y lloró cuando Juan, el vecino que tampoco hablaba, puso sus ojos en ella. Sabía que era rechazada y temida y tardó y sufrió mucho hasta confiar en él. Y dudó porque no sabía si él venía a reírse de ella, colmar su sed y marchar, porque estaba al corriente de su estado, o todavía no lo estaba, siendo aún mayor la decepción que tendría cuando conociera el pasado, viviera los calambres y las alucinaciones, y se angustiara por los ataques epilépticos, con contorsiones y espuma por la boca. Ana sufrió otra vez. Y su llanto se unió al de Juan, que estaba en la escalera esperando el milagro. Y su insistencia se premió. Ana tuvo un respiro en su vida.

El cielo de esta ciudad del levante español no tiene nubes para tapar los rayos solares que llegan. El sol brilla siempre; sólo que algunas veces las nubes se comportan como los envidiosos del bien ajeno y se interponen entre Dios y la tierra. Las facultades intelectuales vienen del cielo; algunas nubes son negras, como los deseos de los envidiosos.

Y como brilla el sol, pero hace frío, los ciudadanos del levante salen de sus casas y agradecen que haya sol.

Desde el puente que cruza el río, que antes llevaba mucho agua, se puede mirar el jardín y fijar la vista sobre los vagabundos, que se alegran por el saludo del astro. Ahora están tumbados sobre la hierba y tienen al lado la bolsa. Dentro de ella habrá alguna camisa, unos calzoncillos viejos, unos zapatos de hace mucho, una sábana sucia, una manta, otra manta de color tierra y alguna foto de algún familiar querido. También habrá un trozo de pan traído del comedor de la caridad, que se guarda para cuando haga falta.

Como los vagabundos no tienen a nadie que les hable ni ninguna casa de caridad que ofrezca charlas, sólo hablan entre ellos cuando están juntos. Por la noche, acuden a una casa abandonada o se apoyan en un pilar del puente y se meten bajo las mantas. Nadie lograría dormir con el frío que hace desde que nos visitó el viento de Siberia. Los vagabundos no duermen, pero deben permanecer allí, en silencio, sin hablar, sin leer, sin tocar a nadie ni escuchar el ruido de una puerta que se cierra o se abre. Seguro que cuando pueden, se juntan y comparten el cigarrillo o hablan de algún negocio de alguien con dinero y sin escrúpulos. Al lado está la ley, que todavía no sabe que su jurisdicción no alcanza los dominios de los pobres y abandonados, pues tampoco llegan sus calores y su riqueza.

En el puente está un hombre con la mano en el bolsillo. Mira de hito en hito, como si buscara algo. Mira abajo y se decide. Empieza a andar. Enfrente, vienen dos

africanos con sus bolsas colgadas del brazo. Cuando se cruzan, el hombre de las manos en el bolsillo se para y se dirige a los dos negros de bolsa viajera y les dice algo. Dos minutos duró la conversación y todos reanudaron la marcha.

Y Juan paró a los africanos para hablar con ellos o pedirles tabaco. O contarles su vida, que desde hace tiempo no tiene sentido. No tiene a nadie que le escuche ni nadie que le hable. No sabe qué hacer. Lo más probable es que los africanos no hablaran bien el español. Pero Juan saca partido de donde puede, aunque nadie diría que estuvieran comentado nada importante. Pero no es que Juan no tuviera nada importante que contar. Lo que pasa es que no está al lado de la persona que mejor le escucharía. Y no está cerca porque la vida no lo ha permitido. No ha permitido que estuviera para siempre al lado de Ana Garamond, quien daría mucho por escucharle. Otra vez le falta el respiro a Ana Garamond.

La vida se hace a base de preguntas. Algunas encuentran respuesta, otras no. Y la vida se hace llevadera si el equilibrio entre las preguntas respondidas y las que faltan por responder satisface a la persona. Ana Garamond no tiene todavía el equilibrio porque la pregunta más importante de su vida no tiene respuesta.

Hasta ahora no sabe que la mirada incómoda que le

dirigió el Guía el primer día de su visita influyó tanto en su vida. Cuando el Guía paró su silla de ruedas delante de los hermanos y les daba la bienvenida, Ana bajó la cabeza y sudó. Lo que no supo es que cuando se deslizó en su silla de ruedas llevaba todavía en su mente la iniquidad, el descaro y la desvergüenza que le había llevado, hace años, a poner su mano sucia sobre su inocencia infantil. Ana no vio su cara, o no la reconoció, pues miró con miedo y respeto, pero el hombre, otra vez nefasto, no se había olvidado de su víctima.

En aquel entonces andaba y hablaba como cualquiera, aunque con la inteligencia suficiente para engatusar y atraer la inocencia de alguien que todavía no había perdido la sonrisa de la cuna y la “mató”. Luego usó el dinero de su familia para comprar la justicia y después salió del lugar para ser olvidado. Muchos años después apareció sobre la silla de ruedas y la remató, tachando su nombre de la lista de hombres y mujeres que huyendo de la soledad y el desconsuelo a que les destinó la vida, se refugiaron sin remedio y sin saber lo que ofrecían a cambio, en los brazos de quienes dedicaban su vida a arruinar la de los demás, para aparecer luego como la única tabla de salvación y ganar más poder para arruinar otras vidas. Él no quería testigos de su pasado y sabía que Ana le podía comprometer.

En el equilibrio de preguntas y respuestas debe haber satisfacción. Ana estaba ante la respuesta, pero el

equilibrio lo marcaba otro. Y éste decidió a satisfacción suya.

Los nombres en el tablón es una despedida sin remedio. Nadie lo puede revocar. Ahora irán otra vez a la calle, al silencio, al olvido, a llorar su pena bajo la almohada.

La desgracia de Ana fue que el Guía le conocía y conocía a Juan. No hubiera pasado nada si éste fuera lo suficientemente valiente para volver a ella y llorar juntos por la pena. Seguro que mutuamente se consolarían y lucharían para un equilibrio satisfactorio en sus preguntas y respuestas. Pero se fue y ella no sólo llora por su ausencia, sino porque no sabe por qué otra vez no tiene a nadie a quien escuchar. Ahora tiene que recordar el triste pasado, con las pesadillas, los calambres, los vómitos, los espumarajos y sufrir del presente, la soledad, el miedo, el dolor.

En una cuna duerme Judas Garamond, arropado para que no pase frío. En un sillón está Ana, su madre, mirándole porque tose. Podría estar resfriado por el frío siberiano que estos días llegó a Valencia, ciudad del levante español.

En la calle, o en una casa abandonada, está Juan. Y está en la calle porque en su casa nadie le comprendía, y cuando encontró comprensión y pudo contar sus miedos, el pasado se volvió contra su compañera y motivó que el Guía los arrojara de la comunidad. No puede dejarse ver ni puede ir a explicarse. Está en la calle, lejos de la

primera sonrisa de Judas Garamond.

-Ahora que ya sabemos que la policía lo busca, no sé que hacer. Habrá que buscarlo -dijo Dolores mirando a su marido.

-¿Buscarlo? Hace tiempo que Juan no vive aquí, y no creas que la policía no lo sabe. No vienen aquí a buscar, sino a perder el tiempo. Y ya has oído que sobre él pesa la denuncia de unas monjas, y creo que con ellas no se habrá encontrado en una playa, vamos.

-No sé cómo te las ingenias para hacer burla de todo, José Luis; ya no sé qué decirte...

-Pero ¿qué quieres que te diga? Se sabe que las monjas tienen una movilidad limitada, por lo que si se quiere hallar a alguien que ha tenido un roce con ellas no debe ser difícil. Ya lo he dicho, la policía viene aquí a todo, menos a preguntar por Juan. No me engañarán.

-¿Lo que quieres decir es que saben dónde encontrar a Juan y vienen a preguntar por él?

-No lo dudo. Yo sé que Juan llevará una vida de vagabundo y de los vagabundos se sabe hasta cuándo cagan. No me vendrán con el cuento de que no saben dónde está.

-Ya no puedo más, me voy a la cama.

-Buenas tardes. Espero lo que venga.

La mujer ya estaba en la puerta de la habitación, pero vuelve:

-¿Has dicho que tuvo un altercado con unas monjas?

-Pero si esto lo dijo el policía, mujer.

-¡Ay, Dios mío! -exclamó la mujer y volvió a su camino.

Dolores y José Luis, los padres de Juan, ya saben que la policía le busca. También lo sabe Sonia, la hija.

Sonia no vive ajena a los problemas de su familia, pero todavía es joven y se sabe que la juventud es más optimista. Sonia tenía que vivir, y viviendo, hace amigos, pasea, mientras piensa en su hermano.

-¿Dónde está la nena? -preguntó el padre.

-Salió a dar un paseo con unos amigos -respondió Dolores, levantando la vista de la revista.

-¿Unos amigos? ¿No se habrá echado de novio a un loco, como su hermano?

La mujer escuchó a su marido, pero evitó hacer valoraciones sobre los amigos de sus hijos y sólo se limitó a decir:

-Ha ido con unos amigos a conocer la zona antigua de la ciudad.

Dicho esto, siguió con su lectura, y por ello evitó más comentarios de su marido.

La zona antigua de Valencia es la parte en la que se dice habitaban los primeros habitantes de la ciudad, a saber,

romanos, judíos o árabes, cristianos... En general, esta zona conserva las huellas de la cultura de los citados pueblos. Lo más destacable de esta zona son, aparte de sus numerosos templos cristianos, lo intrincado de sus calles, muchas de las cuales constituyen auténticos laberintos. Ningún foráneo que se mete en esa maraña de calles sabe a dónde le llevarán sus pasos. Meterse por una calle es el principio de una aventura. Y allí las calles son tan estrechas y las casas tan juntas que se pierde la noción de ciudad, tiempo y país, sobre todo cuando no brilla el sol. Por esto mismo los callejones son relativamente más fríos en los meses de frío que las calles abiertas. Al menos durante las horas de sol. Y es que las casas altas no permiten el paso de los rayos solares, que llegan oblicuos. La mayoría de las casas de esta zona están abandonadas o en proceso de restauración. Este hecho hace que esté poco habitada. Es, por ello, la zona escogida por muchos marginados, ya sea para apropiarse de las casas históricas, la *okupación*, o aprovecharse de la soledad de las calles para negocios de todo tipo. Quizá todas estas razones hacen que esta zona sea de gran interés para nacionales y extranjeros que la visitan diariamente, con sus planos y mapas a mano.

“Ahora estoy aquí en este pedestal, mirando las cabezas de las vírgenes y de los apóstatas del comunismo. Allí veo a los hunos y a Atila en la mesa de Kubilai Khan, yo conozco a todos ellos. Hitler pasa veloz como una estrella y besa los pies de Mao Zedong. Yo os quiero decir que yo no soy comunista, ni hereje ni del pepé. Yo no soy de los cabrones socialistas. Un día de estos subiremos con nuestras espadas y pondremos las cabezas sobre las bandejas, como ocurrió con los traidores en la Segunda Guerra Mundial. Ahora veo vuestras intenciones, gastando los millones en putas y ladrones. Alguien ha dicho que soy loco, y no sabe que veo todo desde aquí. Ahora el mundo está lleno de mentirosos. ¿Estoy loco? Sí, estoy loco, pero veo lo que pasa. Ahora estáis en vuestras oficinas leyendo sobre el congreso del pepé, aunque sé que estáis leyendo la noticia del Clinton ese, que las trabajaba en la oficina. Como ocurrió en la segunda vuelta, ahora todo el mundo dice que no sabe nada. ¡Hipócritas! ¿Quién no quiere ser como Clinton para chupar la teta con los labios en aceite? ¿Quién no quiere ser como el Sadam ese para alcanzar la fama? ¿quién no quiere lanzar bombas y dormir sobre la bandera de la ONU día y noche?

¡Hipócritas!

“Desde este pedestal señalo con este dedo y descubro vuestra mentira, aunque sé que la paz llegará a Palestina y a San Sebastián. ETA dejó de comprar armas a los rusos y ahora lo compra en Libia. Esto molesta al Gobierno español, que ha mandado a Fraga a discutir con el beduino ese que no sale de la arena. Él tiene miedo de Clinton, aunque hay alguien más poderoso.

Están aquí, en la puerta, los africanos y los negros. Los africanos venden el cuero y el chocolate aquí mismo y lo pagamos en pesetas. Los negros esperan vender tabacos que les regalamos y luego se tumban en la esquina, con mantas de los refugiados. Luego nos venden el vídeo de la guerra de sus países y se hacen millonarios para jugar al fútbol y ser famosos. La policía no sabe lo que debe hacer con los extranjeros. Pero yo sé”.

“En este pedestal veo a todos y sé que Rusia volverá a ocupar su posición, aunque el jefe del euro diga que está cansado de reuniones. Con estos zapatos pisaremos a los moros que vienen con sus jeringas a chuparnos la sangre y a manchar nuestras calles. Y cuando limpiemos esta porquería, hablaré con los de la hermandad y despediremos a los que me han traicionado. Los castigaré con mis manos. Luego hablaré con Ana y llevaré a nuestro hijo a ver a mi mamá. Mi mamá me espera.”

Día 18 de diciembre

*He ido con unos amigos a la zona antigua de Valencia. Fue bonito. Nos metimos en lo que se puede llamar un callejón sin salida, aunque luego llegamos a una plaza bonita, donde tomamos una copa. A la vuelta me encontré en la puerta a un chico del tercero. Es majo y simpático. Por la noche fui con mi madre al concierto en el Palau.*

-Hola, ¿eres del segundo? Te he visto en la plaza ¿no?

-Hola. Soy del cuarto. ¿Estabas en la plaza?

-Sí, fuimos con el profesor de Historia del Arte a conocer los templos. Fue bonito. Al final vimos a un loco que decía unas cosas...

-¿Loco? -preguntó Sonia.

-Sí, un hombre subido a una escalera apoyada en la pared, que hablaba haciendo muchos gestos. No paraba de subir y bajar mientras hablaba. Pero no lo conocíamos.

-También estuve por allí pero no vi al loco Y ¿qué curso haces?

- Segundo de Arquitectura.

-¡Qué interesante!

-Bueno, nos veremos.

-Hasta luego. Perdona, ¿de qué piso eres?

-Del tercero. Tercero segunda.

-¡Hasta luego!

-Hoy he hablado con un chico del tercero. Coincidimos en la plaza, aunque no nos vimos. Es simpático y hace el segundo de arte.

-¿Qué arte? -preguntó Dolores a su hija.

-De Arquitectura, digo. Y me contó de su encuentro con un loco que hablaba subido a una escalera.

-¿Oyes lo que te digo siempre? Ten cuidado con esta zona, que hay mucho delincuente suelto. Aprovechan que es un lugar poco transitado para cometer sus fechorías.

“Estoy en este pedestal viendo a todos, con sus hipocresías. ¡Hipócritas mentirosos! ¿Quién de vosotros no mira de reojo la teta de su tía mientras ella le pide un favor? ¿Hay alguien que no ha pensado en las nalgas de su sobrina? ¿Alguien puede decir que si su prima quinceañera se le echa encima le repelerá con gritos o con morales?

¿Acaso habéis dejado de pensar en el polvo que echarías

con las princesas si tuvierais la llave de sus habitaciones?, ¿cuántas veces no habéis meado en la cama soñando con la braga de la señorita que os cuidaba? ¿Hay alguien que no ha alimentado el deseo de ver la braga de una monja? Nadie puede decir la verdad. Todos se esconden en sus trajes y en sus gafas de sabios y comen la hostia de los sacerdotes. Los indios son capaces de frenar la barbarie forestal pero el mundo tiene sus días contados”.

“Estoy aquí y sé que los poderes oscuros de los vendedores de petróleo han aumentado desde la última reunión, aunque saben que el dinero lo gastarán en putas y en barcos podridos. Inglaterra conoce sus derechos, pero sabe que otra vez hablarán en la reunión sobre los presos que dejó atados en La India. Yo estoy aquí, viendo a todos y espero la mañana para ir con Ana y con mi niño a casa de mi mamá. Mi niño es pequeño”.

Hablaba con mil gestos y muecas, señalando con las manos puntos lejanos y diversos. Aunque de cuando en cuando echaba una mirada a los que pasaban, la mayor parte del tiempo la tenía perdida en un horizonte, también perdido e indefinido. Y de acuerdo a las necesidades de su discurso, bajaba y subía los peldaños de escalera, sin poner los pies en tierra.

o Juan querido: Si te pudiera decir una sola cosa, te diría muchas, pues todo lo que te puedo decir,

aunque sé que es poco, no cabría en una sola palabra. Ahora hablo así y estoy sola y alguien pensaría que soy una loca o una poetisa o cosas así. Lo único que te puedo decir, ahora que ya no estás, es que el único árbol que yo planté en esta vida lo planté contigo, cuando tuvimos un poco de luz. No supe cuándo te marchaste ni sé dónde estás. No me atrevería a pedir a gritos que volvieras a ver a Judas, que está aquí y quiere verte. No tengas miedo de volver, pues no hace falta que me pidas perdón por tu ausencia. Si escribo esto y lo meto en un sobre, no sabría dónde dejarlo. Yo no sé dónde estás”.

El color de una mañana en una ciudad del levante peninsular depende del estado del ánimo del cielo. Puede ser claro, nuevo, alegre y gris. Los domingos suelen ser generalmente días grises, aunque el sol no deja de enseñar la cara a una hora. La gente no trabaja, bueno, gente con trabajo normal, y aprovechan el día para no hacer nada o salir a dar una vuelta. Realmente, el domingo es un día de tristeza, pues cuando no trabajas tienes tiempo para pensar en la miseria del mundo.

Sonia salió de casa a las diez, pues no es adicta a los fuegos enlatados de las discotecas y duerme

temprano. Desayunó como un domingo y pensó en darse su paseo por la zona vieja de la ciudad.

-¿Con quién dices que vas?- preguntó su madre, pensando en los peligros.

-Unos amigos -respondió ella desde el cuarto de baño, dando los últimos retoques.

-Yo no gano para disgustos -dice Dolores poniéndose seria.

-Ya te he dicho que no pasará nada, mamá.

Y la madre se calla, pues es lo que precisamente quiere, que no pase nada.

Y está Sonia en la calle, viendo iglesias, casas cerradas, iglesias, edificios altos y viejos que sólo se abren de noche para que de ellos salgan sus moradores, que no dan la cara porque nadie creería que están a la diestra de la ley, pues ésta no permite a nadie carecer de una vivienda con ventanas que no se abren ni se cierran, luz, para saber que vive alguien allí, y alguna cabeza que se asoma por la ventana para mirar el cielo. Sonia y sus amigos leen nombres de las calles y se asoman al escaparate de alguna vieja librería, o librería de libros viejos. Miran arriba para ver el estrecho espacio por donde se asoma el sol; leen más nombres, cuentan lo que ven. Disfrutan. En algún rincón de la calle, encuentran una jeringa, usada, por supuesto, vestigio del color de la noche, lejos de la curiosidad de la luz. También encuentran algún condón usado. El viejo negocio

tampoco es tan devoto de la luz si de la mercancía ya se está seguro. Y llegó la hora de ir a casa: ya habrá más domingos para visitar las viejas glorias romanas, judías, árabes y cristianas del casco viejo valenciano.

Suena al teléfono. Está la madre en el sofá mirando CQC.

-Sí -dice al cogerlo.

El que llama dice lo que quiere.

-Un momento. ¡Sonia, para ti!

Y se sienta a seguir las aventuras de los guapos de CQC. No llega Sonia y ella no quiere ser descortés con la amiga, o quien fuera, y levanta la voz.

-¡Sonia! ¿Estás allí?

Y Sonia tose, para decir que está, pero que no quiere ponerse. Dolores se da cuenta y se acerca a la habitación.

-¿No te he dicho que te llaman al teléfono?

-No quiero ponerme, mamá -dice mientras esconde la cara en la sábana, gimoteando.

-¿Qué te pasa? ¿Te ha pasado algo en la calle?

Y ella no habla, porque la pena y las lágrimas se lo impiden.

-Anda, hija, ve y di algo, que ya me contarás luego lo que ha pasado.

-Es que no quiero ponerme, mamá, no puedo.

Se acerca la madre al teléfono, esboza una sonrisa, para que las palabras suenen amables, y empieza a hablar:

-Oiga, perdone; es que Sonia está lavándose el pelo y no puede ponerse. Dice que dejes tu número, que ya te llamará ella. Sí. De nada. Hasta luego.

Cuelga el teléfono y recobra su cara, su anterior cara sombría, dirigiéndose a la habitación de Sonia.

-Me has hecho decir una mentira, Sonia ¿qué te pasa?

Y Sonia oculta la cara en la sábana, mientras llaman a la puerta.

-¡Dios mío!, ¡ya voy!

Rescata otra vez el semblante sonriente y abre la puerta a un joven. Habla con él desde la puerta.

-Lo siento -dice ella con amabilidad- es que está un poco cansada y prefiere descansar.

-Pero... -iba a decir algo el joven, pero se calló y se dio la vuelta con duda. Gracias.

-Lo siento, por favor, discúlpeme.

Y cierra la puerta. Corre otra vez a la habitación de Sonia. Ésta sigue todavía echada en la cama.

-Sonia, hija, ¿qué te pasa? Era un amigo tuyo, que dijo que estaba contigo en el paseo y te viniste precipitadamente. ¿Pasa algo?

Y la niña aumenta sus lloros y fluyen las lágrimas. Dolores se sienta al borde de la cama y la toca.

Sonia se suena, y con la cara en la cama, dice llorosa:

-He visto a Juan. Lo he visto en la escalera.

Y llora más fuerte, mientras su mamá no llegaba a comprender nada.

-¿Qué escalera?, no digas tonterías.

-Lo he visto en la calle y no paraba de hablar.

Más lágrimas, preguntas, dudas, aclaraciones, lamentos y sonarse, pues el moco sale siempre con la pena.

-¿Que decís que Juan está en la calle como un loco? -preguntó el padre.

-La nena no ha parado de llorar - dijo Dolores sorbiendo mocos rebeldes. Y no llorará porque le guste. La pobre, Dios mío.

Y ella a su vez llora, para estar en sintonía. El padre se calla. Se levanta como quien quiere salir, se sienta, quiere hablar, vuelve a callarse.

-Y, ¿dónde está el hijo?, ¿sabéis algo de la vecina?

Y todas se callan porque entienden que es una pregunta que no viene a cuento o que no es oportuna. O se callan porque viene demasiado a cuento y en estos momentos no están para resolver cuestiones más serias que lamentar el estado del hijo y hermano. Todos saben que ante la noticia del estado de Juan, noticia que produce sentimiento y congoja, los espíritus se encogen y sólo pueden pensar en cosas tiernas. La enajenación del padre dejaría pendiente la seguridad del niño, pues a partir de ahora empiezan a pensar que Judas Garamond no contaría con el amor o los cuidados de su padre, pues los locos no aman bien ni pueden cuidar.

Por esto, ante la contingencia de la pérdida del padre, los abuelos se sienten responsables y echan en falta al nieto, al que desconocen. Notan su ausencia precisamente cuando menos disponibles anímicamente están. De repente, se dan cuenta de que no han cumplido con sus obligaciones.

-Yo no sé dónde vive Ana -dijo Sonia en un receso de su llanto-. Creo que ha ido a vivir con su tía, aunque hay luz en la casa.

Todos se callan, y sólo respiran. Ya no tienen nada que decir. Esperan.

Nadie puede abrir la boca, porque en casa no hay suficiente calma y todos los que pueden hablar se sienten tocados por la culpa y no quieren descubrirse. Pasaron largo tiempo en silencio. Sólo se miraban con disimulo. Una tos y alguna lágrima y con la boca cerrada. Tardaron en volver a abrirla.

-¿No os decía que la policía venía a perder el tiempo cuando preguntaba por él? No hay nada de aquí que se les escape. ¿Acaso puede un loco pasar desapercibido? -decía el padre.

-No digas que es loco. No creo que mi Juan lo sea. Un poco cabreado con la sociedad, sí. A lo mejor es el castigo por nuestra dejadez, Dios mío. Y, ¿por qué la policía no le lleva a un centro psiquiátrico? -preguntó Dolores.

-¿Crees que la policía ha llevado alguna vez a alguien al psiquiátrico? ¿Por qué crees que hay más policías que médicos?

-¡Dios mío!, no puedo dejar así a mi hijo. Será lo último que haga.

Venga preguntas, venga propuestas, venga lágrimas, dolor, pena, rabia y desesperación.

Hasta ahora la sociedad ha permitido y perdonado todo: ladrones, prostitutas, enfermos de cáncer, de sífilis y gonorrea, de chancro y epilepsia, de diarreas y amenorreas, pero los únicos que no han conseguido un abrazo, ninguna puerta que se les abra son los locos. Sólo han conseguido de los médicos que se les cambie de denominación, para pasar de locos a enfermos mentales, aunque en ninguna casa nadie quiere verlos. Y un loco es una brecha profunda en una familia, la más profunda que ha registrado la sociedad. El mundo lleva milenios vertiendo lágrimas por ellos y hasta ahora la ciencia no ha puesto ni siquiera la primera piedra para la comprensión del fenómeno que causa tanto mal. El grito en el cielo, el rechazo, la bronca y la incompreensión están en la calle, mientras que en casa de los familiares del enfermo reina la desolación.

Hacía al menos dos horas que las tiendas estaban abiertas, lo que significa que hacía tiempo que había amanecido. Dos monjas bajaron del autobús y esperaron para cruzar la carretera. El rojo dio paso al verde, para que los peatones pudieran cruzar y lo hicieron como si desconfiaran de la intención de los conductores. De las dos religiosas, una rondaba los cincuenta y otra bien podría tener treinta años. Abordaron la otra acera y se dirigieron al edificio en cuyas paredes se podía leer con letras grandes POLICÍA CENTRAL DE VALENCIA BRIGADA CIUDADANA.

-¿En que podemos servirles, hermanas?

-Buenos días. Queríamos ver al inspector de guardia. Es para un caso...

-Siéntense aquí, por favor. Veamos si es posible.

-Sí, gracias.

Las dos monjas se sentaron, después de asegurarse bien de no hacerlo sobre la ropa, hecho que dejaría al descubierto parte de su anatomía celosa y preceptivamente guardada. "¿Hay alguien que no ha alimentado el deseo de ver la braga de una monja?"

El policía no tardó en salir e hizo pasar a las dos monjas al despacho.

-Gracias- dijeron sonrientes, para agradecer al policía.

Entraron y cerraron la puerta, al tiempo que el inspector se ponía de pie.

-Buenos días -saludó el agente, señalándoles los asientos.

-Muy buenos días, respondieron en coro.

Se sentaron y una de ellas se aclaró la garganta para empezar a hablar.

-Hemos venido, señor inspector, por un caso que nos ocurrió con un loco en la calle. Cuando me acuerdo de ello no puedo contenerme, -y llevó la mano a la boca para tapanla- perdóneme, es que no me puedo contener ja ja ja ja ja ja ja, ja ja ja ja ja, ja ja ja ja ja, ay Dios mío, perdone, pero cuando me acuerdo del caso, soy incapaz, ja ja ja ja ja ja ja, ja ja ja ja ja. Y levantaba la cara y se veían caer las lágrimas de la risa incontenible. Su hermana iba a imitarla pero el tapón que hizo con la mano fue eficaz, y sólo se limitó a sonreír. El inspector abrió los ojos preguntando por la razón de la risa.

-De verdad, señor inspector -y se limpiaba los ojos con un pañuelo-, no me río de usted. Lo que nos pasó me hizo una gracia, pese al susto que llevamos inicialmente. Mire, salíamos mi hermana y yo de nuestro colegio con una novicia guineana que se puso enferma y necesitaba cuidados de su tierra y vino hacia nosotros un mendigo. Al menos creíamos que lo era; cuando se acercó lo suficiente, se agarró a la novicia y

fue con la intención de asestarle un mordisco en la oreja. Gloria y yo pudimos apartarle a tiempo y ante nuestra intervención, nos obsequió a los tres con ja ja ja ja ja ja ja, ja ja ja ja ja ja ja ja; ¡Ay, Dios mío, perdóneme señor inspector.

-Bueno, hermana, ¿qué pasa? -iba poniéndose serio el inspector, después de esbozar una sonrisa para acompañarla en su incontenible risa.

-Es que, de verdad, señor inspector, aunque el asunto es serio, soy incapaz de olvidar la risa que me entró, ¡ay! Bueno, se acercó el loco y nos obsequió con sendos coscorrones ja ja ja ja ja ja ja ja, ja ja ja ja ja ja. Y yo quiero que figure como denuncia, por favor, ja ja ja ja ja ja, ja ja ja ja ja ja. Mi nombre es María Jesús Salgado Leal, y ella Ana María Sagrario Calleja. La novicia está ahora curándose en Guinea y se llama María del Carmen Abang. Por favor, señor inspector, no lo tome a mal; es que me hizo mucha gracia lo de los coscorrones, en plena calle y a unas personas mayores como lo somos, ji ji ji, ¡ay!, de verdad. Somos de la Congregación de las Hermanas Pías y nuestra calle es...

La monja dijo la calle y respondió como pudo a otras preguntas que le hizo el inspector. Luego salieron del despacho, dejándole reflexionar con risa sobre el asunto que acababa de tratar. No todos los días se tiene la oportunidad de tratar de temas joviales en su oficio. Las monjas dieron las gracias al agente que las introdujo

en el despacho y tomaron la calle.

-Cálmate Dolores, te digo que todo se arreglará. Te lo prometo.

-¿Cómo quieres que me calme, precisamente ahora? ¡Ay, Dios mío! Yo no podré con esto, no podré...

En este momento suena el teléfono:

-Calma Lola; anda acuéstate y verás como se te pasa. ¡Nena!, ¿dónde estás?

-Estoy aquí- sonó una voz ronca desde la habitación.

-Coge el teléfono, que tu madre y yo no podemos.

Salió Sonia de la habitación arrastrando los pies, toda ojerosa y desgredada; sólo llegó a la puerta y volvió a meterse. No logró cogerlo, y el que llamaba tampoco insistió mucho.

El padre no reparó en su estado y le volvió a ordenar en voz alta:

-Llama rápidamente a la ambulancia, que parece que esto se pone feo -después, a su mujer- Cariño, ya te he dicho que todo pasará. Lo llevaremos a una clínica y se recuperará. Todo saldrá

bien. Te traeré un poco de leche. ¡Nena! ¡calienta un poco de leche!

-Ya no puedo, papá. Yo ya no puedo - otra vez la voz ronca.

-Me cago en la leche. Ésta con calambres y la hija con vómitos. Esto sí que es bueno.

Y los nervios se cebaron en la familia de José Luis. No pudieron soportar la nueva de la enajenación de Juan. Fue para ellos demasiado fuerte. Mientras el hombre se ocupaba de la atención de su mujer, la hija salió de la habitación arrastrando los pies y se dirigió a la ventana. Con mucho esfuerzo, abrió una hoja y metió un pie. El hombre adivinó sus intenciones y buscó dónde reposar la cabeza de su mujer, mientras se dirigía a la hija:

-¡Sonia!, ¡Estoy aquí, mírame!, ¡no hagas ninguna tontería! ¡Sonia, hija!.

La mujer convulsionaba en los brazos de su marido. La hija, en su debilidad, no consiguió el impulso suficiente para subirse a la ventana y se cayó hacia atrás, con las piernas abiertas y golpeándose la cabeza en el suelo. El hombre abandonó todo mimo hacia su mujer y fue en socorro de la hija. En este momento sonó el timbre. José Luis sudó, miró a su mujer, miró a la hija, se limpió el sudor, echó una última mirada a la hija, que yacía en el suelo, y se dirigió a la puerta. Echó la cadena y abrió:

de la puerta.

-¿Sí?- dijo mirando en el resquicio

un joven.

-Buenos días -deseó el visitante,

-Hola, buenos días.

Javi, Javi Ríos.

-¿Puedo hablar con Sonia?, soy

-Lo siento, es que ella está indispuesta y no puede ver a nadie.

-¿Tampoco puedo pasar?...

-No, lo siento; es que ella prefiere estar sola.

-Bueno, gracias. Le dices que he estado aquí. Es que no pude llamarla antes porque no pude, y como pasaba cerca, me acerqué.

-Discúlpela, por favor, lo siento -dijo.

Cerró la puerta y la ventana por donde pensaba tirarse o apoyarse la hija, y se agachó para conocer su estado. La única señal de vida en ella era la respiración, no muy fuerte pero perceptible. Él la cogió de los brazos, la arrastró hacia un sillón largo y la acostó. Acudió después al socorro de la madre, a la que encontró con los ojos abiertos y la mirada serena.

-¿Estás mejor, querida?- preguntó, acariciándole la cara. Te prepararé algo para beber. Dicho esto, se levantó, dirigió una mirada a la hija y se metió en la cocina. Abrió la nevera y la visión de los

alimentos le abrió el apetito y sacó un trocito de salchichón para un bocadillo; lo colocó en la mesa y cogió un cuchillo para cortar alguna rodajita. Pero ya sea por las emociones del día o por la preocupación, no pudo evitar hacerse una raja en el dedo, lo bastante grande para que de ella manase un chorro considerable de sangre.

-¡Dios, joder! - exclamó.

En este momento llamaron a la puerta. De la mesa cortó un trocito de servilleta de papel y envolvió el dedo sangrante. La puerta tenía la cadena puesta y la abrió sin quitarla.

-Buenos días -saludó una voz desde fuera.

-Buenas.

-Somos la policía. ¿Pasa algo aquí?

-No, nada.

El que hablaba echó una rápida ojeada al interior de la casa, aunque el ocupante no le dio mucha opción.

-Es que hemos recibido una llamada de alguien que sospechaba algo raro aquí. ¿De quién es esta sangre?

-Aquí no hay ninguna sangre.

-¿Vive sólo? -preguntó el policía, mientras se agachaba y metía la mano en la mancha de sangre, al pie de José Luis.

-¿Esto no es sangre? -preguntó

luego, enseñándole la muestra de sangre con el dedo.

-¡Ah!, me corté en la cocina. No es nada.

-¿Puede abrir la puerta, por favor?

-No, aquí no pasa nada.

-¡Abra la puerta o entramos por fuerza! ¡la policía!

José Luis dudó, pero no tuvo otra alternativa que sacar la cadena y permitir la entrada a los tres policías.

-Tiene que acompañarnos, caballero. Póngase cómodo.

-Tengo que estar al lado de mi familia.

-Los médicos ya se encargarán de ella. Además, sólo será un momento; ya tendrá tiempo de estar a su lado en el hospital.

José Luis se vistió, echó una rápida ojeada a la casa y siguió a los policías, que esperaban impasibles en la puerta. Desde lejos se oían las sirenas de la ambulancia que llamaron los agentes para evacuar a su familia. Cerró la puerta con llave y la iba a meter en el bolsillo de la chaqueta, pero se lo impidió un agente:

-La llave, por favor.

-¿La llave de mi casa?

-Sí, por favor. Ahora la necesitamos. Ya se la devolveremos después cuando la necesite.

-¿Tampoco puedo conducir mi coche?

-Ahora no lo necesita. Vendrá con nosotros. No está en condiciones de conducir.

José Luis no tenía ánimos de discusión y entregó la llave a los agentes, a los que siguió. Estos le abrieron la puerta y se sentó atrás, junto a uno de ellos.

Llegaron a la comisaría y se apearon. Uno de los agentes se quedó apoyado en el coche, sacó un pitillo y lo encendió. José Luis fue conducido a un despacho. Otro de los agentes se sentó tras la mesa, abrió un cajón, la volvió a cerrar. Salió del despacho, pasó un rato y volvió. Se sentó, abrió un ordenador portátil que había sobre la mesa, lo enchufó y lo puso a funcionar.

-¿Fuma?-ofreció un pitillo.

-No.

-¿No fuma?

-Fumar, sí que fumo, pero ahora no me apetece.

-Extraño, muy extraño. Vamos a ver. ¿Nombre?

-José Luis Vives-Hornate Ferrándiz

-Fecha de nacimiento.

-Ocho de mayo de 1947

-Nombre de su mujer.

-Dolores Gómez Echevarría.

-¿Vasca?

-Es de navarra.

-Vasca.

José Luis se encogió de hombros. El agente siguió interrogando.

-¿Se explica el estado en que encontramos a su familia?

-Tenemos problemas.

-No me refería a esto. ¿Qué hacía su hija allí, sin bragas?

-Nunca controlo si mi hija lleva bragas o no, y yo creo que usted tampoco lo hace con la suya.

-¿Qué edad tiene?

-Ya dije que nació en el 47.

-Me refiero a la edad de la chica.

-Veintidós.

-¿Por qué no buscó ayuda médica para su familia?

-A lo largo de la mañana intenté varias veces, pero cada vez surgía un imprevisto.

-¿Bebes?

-Cómo si bebo...

-Si habitualmente se emborracha.

-Alguna copa de vez en cuando, pero nada de emborracharse.

-Es decir, que no bebió esta mañana ni ayer.

-No estoy borracho ni lo estuve.

-¿Tiene más hijos?

-Sí.

-¿Cuántos?

-Un chico, Juan.

-¿Dónde está?

Sopla el viento sobre la ciudad del levante español. Muy malos vientos para algunos. En esta época en que la lluvia sólo llega de higos a nueces, el meteoro principal es el viento. Es el viento el que da trabajo a los meteorólogos. “No salgan de sus casas mañana. Soplarán vientos de más de cien”. Y todas las viejas de Valencia se quedan en casa, o en la residencia, porque no quieren ser llevadas por el viento. Por la tarde, los

amantes salen abrigados a la calle y así se justifica el trabajo de los semáforos. Qué gasto de luz y de colores si no hubiera en la calle ninguna alma que cruzara cuando lo mandara el verde. Al filo de la tarde, los bares se llenan de gente. Podrían comprar la bebida en un bar y tomarla en casa, mas saben que esto es un insulto a las costumbres. Además, en casa no podrían contar mentiras, las mentiras obligadas ante la copa de coñac.

En el bar están Alberto y Pepe hablando de sus cosas.

-Antes de decir nada, quiero que me digas si todavía estamos ayudando al filósofo.

-¿Qué filósofo?

-No sueles decir que ayudamos a alguien con nuestra conversación?

-Filósofo no, escritor.

-¡Ah! escritor. ¿Le ayudaremos con lo que digamos?

-Toda conversación en un bar es un valioso material para los escritores. Lo que pasa es que todavía no se ha instituido la costumbre.

-¿Qué costumbre?

-La costumbre de espiar y grabar las conversaciones en las mesas de los bares. ¿Te imaginas lo que supondría para un novelista poder escuchar lo que dicen dos enamorados que apenas hablan con el aliento sentados en una mesa?

-Y, ¿crees que realmente tienen interés lo que dicen dos enamorados?

-Yo no sé si tiene interés pero no ignoras que toda la literatura se basa en las conversaciones de supuestos seres imaginarios. No sólo imaginarios, sino supuestos. Ahora, dime tú si valdrían menos las conversaciones verdaderas.

-Es que la literatura no es de verdad.

-No perderé mi tiempo otra vez diciéndote que en la literatura no se discute la verdad, pues no es lo que se busca. Lo que se busca es la identificación del lector con los personajes y su historia; conseguida ésta, los personajes se echan a andar y los vemos por las calles.

-No sé si seguir escuchándote.

-¿Qué tomas?

-¿Qué?

-Que es lo que tienes en el vaso.

-Ya lo sabes, un cuba libre.

-Escucha esto: *El viento sopló de la nariz de un ser extraño y de su cola brotó la camisa de un ser superior. Nosotros mearemos sobre los especuladores para que la república pague por los sudores de la gente inocente y sobre Holanda yacen los bueyes que el alcalde de Valencia usará para la fiesta de la entronización del Papa Juan Pablo III. La miseria del Corte Inglés le induce a sacarnos los ojos para sus*

*maniqués*, Ya no digo más. ¿Qué te parece?

El aludido cogió su vaso y mientras bebía, miró a su interlocutor a través del cristal. Sorbió y depositó el vaso sobre la mesa.

-Un momento, ¿no habrás visto a un loco que pregona subido a una escalera?

-Je, ¿reconoces estas palabras como textuales del loco?

-No, pero son del mismo estilo.

-Del mismo estilo, lo cual quiere decir que no dudarías si te jurara que las pronunció él.

-Es que habla así.

-¿Son verdades lo que dice el loco?

-¿Me estás haciendo examen?

-Estamos charlando. ¿Son verdades o no?

-Realmente el loco habla así.

-Luego, un escritor que hiciera hablar así a su loco, ¿contaría verdades o mentiras?

-Es que los locos, de por sí, cuentan mentiras, pues lo que dicen nunca se sujeta a la razón.

-Esto no lo sabes.

-¿Sabes los que pasa?, me está dando vergüenza hablar de esto.

-Estamos pasando el tiempo.

¿Tienes un tema mejor que no sea de política o de los

famosos?

El aludido volvió a beber de su vaso.

-Yo no he dicho que hablemos de famosos.

-Entonces, escucha: *«La jocundidad innata de la prosapia helena repercute en la exteriorización de la sensibilidad pagana de los que vimos siempre como dechados invictos de la sapiencia moderna. ¿Qué te parece?»*

-Aparte de que es una sarta de tonterías, tú no hablas así.

-¡Ahí está! -exclamó el amigo de los escritores. Lo que extraña de esta tontería, como lo llamas, no es que sean mentiras sino que la persona que las dice no lo hace como lo harían los demás. Y es el problema de los locos: actúan a contracorriente de la opinión general. Pero mi pregunta es ¿quién dicta lo que hay que hacer o decir? ¿Dónde está nuestra libertad?

-No digas más tonterías. Lo que pasa con los locos es que son enfermos; aquí no se debate la cuestión de libertad.

-En todo caso, pienso que todos podemos hablar como lo hacen los locos. Lo que nos hace falta es desinhibirnos y soltar todo lo que pensamos. Y creo que si todos consiguiéramos un punto mínimo de locura, seríamos menos hipócritas y más libres. ¿No crees?

El aludido, Alberto, se encogió de hombros, tras

beber de su vaso.

-¿Pedimos otra ronda? -inquirió.

-Yo no quiero que digas mañana que te estoy adoctrinando. Haz lo que quieras. Lo digo porque parece que soy el único que sabe hablar.

-A lo mejor es así. Yo nunca he pensado en estas cosas. Yo pienso sobre cosas más útiles; útiles no, más prácticas.

-Con lo rápido que van los avances tecnológicos, mañana nos despertaremos y no encontraremos nada que hacer. Y para sobrevivir en la tierra debemos inventar en qué ocuparnos.

-Bueno, al final de todo ¿quieres decirme que el loco de la escalera está cuerdo o que dice verdades?

-Los cuerdos no podemos saber si lo estamos, pues nunca hemos sido locos para comparar los dos estados.

-Me acordaré de esta cita y la citaré en cuanto tenga oportunidad

-Si la locura fuera reversible, valdría la pena probarla.

-También guardaré esta otra.

-No te burles, que nadie sabe dónde irá a parar.

María del Carmen Abang nació en la parte continental de la Guinea Ecuatorial. Es de un poblado cercano a la villa de Evinayong, capital de la provincia de Centro Sur. Creció y aprendió el padrenuestro y la señal de la cruz, saberes útiles para formar parte de las primeras asociaciones en estas tierras, como recibir la primera comunión, la segunda y sucesivas. También era saber indispensable para saludar al cura o a las hermanas, que siempre tienen algo que dar, desde que África se constituyó en la meta obligada de los que hacen obras pías y así allanar el camino del cielo.

Abang creció un poco más y vino a Malabo, que la capital es la capital y siempre se tiene más oportunidades. Antes de ese viaje, ya había entablado relación con unas monjas de Evinayong; viendo su tranquilidad, su sonrisa, y el hecho de que siempre acuden a ellas para pedir, bienes materiales y espirituales, a Abang le creció la idea de ser como las hermanas, una hermana que ayudaría a sus padres, primos hermanos, primos simples, tíos y sobrinos.

Pero la vida de Malabo no es como la de una ciudad, pues en Evinayong sólo están las monjas y de ellas a Dios el camino es corto. En Malabo están las tiendas de plataformas, está el Asamse, mercadillo de ropa de segunda mano, y tercera, cuarta; están las playas, que se llenan a rebosar los meses de calor, todo el año,

y hay discotecas, bares, y los chicos organizan fiestas. Luego está el Aeropuerto Internacional de Malabo, lugar famoso donde se ve llegar a extranjeros ricos y paisanos que están hasta el cuello de pagar todo y se escapan del consumismo consumidor. Todo lo enumerado hace que el cielo esté más lejos de los habitantes de Malabo que de los de Evinayong, pues si la puerta abierta del bienestar tienta al santo, ¡cuánto más al que no lo es!

Abang miró, pidió ayuda a sus tíos o primos, sobre medios de vida en Malabo, se matriculó en el instituto y se *echó a andar*. Quizá en lo más recóndito de su corazón albergaba la esperanza de ver cumplir su deseo de ser monja pero, mientras tanto, vivía como una civil, sin tener cuenta que dar a nadie.

Pero como quien tuvo retuvo, en Malabo encontró a una de las monjas de la época de su primera vocación, y aunque estaba en traje de ciudad, el encuentro avivó en ella el recuerdo y le hizo ver que todo lo de acá son vanidades. Pero lo que no sabían las monjas era que estamos en el África de dar y recibir, y que no sólo atraían de ellas las oraciones matinales y el canto en la misa de las ocho.

< < *Hermana, mi niño está muy mal. Lleva dos días de fiebre* > > .

Aunque se sabe de la escuela primaria que ésta es una oración enunciativa, en esta África se traduce por *Hermana blanca, que yo sé que lo tiene, ¿no puede darme algo para combatir la fiebre de este niño mío,*

*que si se muere, también llorarás, porque sé que lo sentirás como yo?*

Abang miró, pensó, siguió yendo a clase y se hizo otra vez amiga de la monja. A través de ella supo de una congregación que necesitaba vocaciones africanas o del tercer mundo. Esto no dice nada si no se hace un poco de historia:

Dios creó el mundo y dijo al hombre que lo dominara y sometiera. Después hubo una cosa que la Biblia no explicó bien y fue que hubo pecado y había que salvar al mundo. Nació Cristo y unos bandidos le colgaron en una cruz, al lado de dos gamberros, y echaron la culpa a Judas, ¡Dios nuestro, precisamente Judas! Pues entre lo que hicieron y dejaron de hacer, la cosa salió que el pecado sigue entre nosotros y hay una gran confusión. Y como la gente no sabe a qué atenerse, se aferra al mandamiento inicial de dominar la tierra y lucha por convertir en hierro y luego en oro todo lo que toca. Pero en esto hay aventajados y rezagados. Están los del Norte, que no quieren saber de nada que no sea hierro y oro, y los del Sur, que sienten lo mismo pero que hasta ahora no les llega. Como los del Norte están satisfechos, ya no mentan nada de Dios, ni Cristo, ni los apóstoles. Los del Sur, que no acaban de aferrarse a la revolución de hierro y oro, se contentan con retener en la mente la idea de que un día Dios volverá y después de aclarar las dudas, hará un reparto justo de lo que hay.

De allí sale la cuestión y es que los dos cristianos

que hay en el Norte quieren seguir siéndolo, aunque ven con tristeza que no tienen seguidores en su tierra. Y dicen ¿por qué no vamos al tercer mundo a buscar almas para nuestra causa? Y mientras piden a sus hermanos un donativo para vocaciones de otros mundos, salen de sus casas y llegan aquí, a África. Llegan a Guinea. No saben que África es uno de los lugares más calurosos del mundo; tampoco saben que aquí la familia es muy vasta. Ni saben que el pudor africano es otra cosa. Conseguir, sí que consiguen vocaciones para su causa, pero antes deben adecuar sus normas a la africanidad. Que el listo entienda el resto.

Abang pensó, y como le dijeron que la congregación a la que se uniría se dedica a cuidar enfermos, se animó y dijo que contarán con ella para la supervivencia de la Congregación de las Hermanas Pías.

Fue al pueblo, habló con sus padres, tíos, hermanos, primos directos, indirectos y se despidió de ellos.

En el aeropuerto de Malabo abrazó a los que fueron a acompañarla. Ya sabía que adquiriría deudas, pues quien se marcha de África deja a miles esperando su regreso.

En Valencia, sede de su Congregación, Abang causó impresión con su fuerza y entrega, con su espontaneidad y su bantuidad. (No piense nadie que esto es algo malo).

*Sí sor, sí madre, hermana mande.* Novicia. Pero

a la novicia había que prepararla en las actividades de su congregación, pues para eso la habían traído. Y Abang sabía que ejercería de enfermera, pues así le dijeron cuando no había viajado. Y esperó.

Lavó platos, limpió, cosió y sembró. Son tareas útiles para la supervivencia de la comunidad.

Llegó el día y a María del Carmen la llevaron a una casa a cuidar a unos enfermos. Es lo que vio, pues no hizo gran cosa. Fue otro día, y otro, y otro. Al final, lo que supo la asustó. A pesar de la riqueza de los del Norte, hay muchos tan pobres que mueren sólo con lo puesto y no tienen a nadie que eche sobre ellos una pala de arena; ni siquiera tienen el hoyo. Y de ellos se encargaba las madres y hermanas de la Congregación de las Hermanas Pías. Y allí creyó Carmen que había sido engañada. Esto no es cuidado de enfermos, es cuidado de muertos. Entrar en la sala, procurar que el muerto tenga el pelo, los brazos, la cara, el pene, los pies, las tetas arrugadas y la vulva en condiciones aceptables para recibir una sepultura era algo para el que nunca se imaginó que estaría preparada. Y se alteró.

En su pueblo moría un pariente, de los muchos que mueren al año, y después de asearlo, lo colocaban en una mesa o en una cama en el salón principal de la casa. En una defunción lloran todos los parientes y muchos que no lo son. El cuidado del muerto corría a cargo de los ancianos de la familia y sólo ellos sabían lo que había que hacer. Abang y todas las niñas de su edad

lloraban copiosamente, pero no tenían ninguna necesidad de ver al muerto. En su pueblo, y en la mayoría de los pueblos de la Guinea, las mujeres lloraban en la cocina, lejos de los hombres. La cocina de los pueblos es una construcción separada de la casa principal. Como los muertos han despertado siempre una curiosidad morbosa en todos, alguna chica podía acercarse a la cama mortuoria y ver la cara blanca del muerto, con bolas de algodón en las fosas nasales y en los oídos. Muchas se conformaban con ver las velas encendidas y darse la vuelta para concentrarse en el lloro. Allí los cuidados de los muertos no eran cosa de las mujeres, mucho menos de las jovencitas.

Y para Abang esto no había cambiado, pues todavía tenía en la mente lo que se hace en su pueblo. Se asustó, ojos abiertos y cara de miedo, intentando esconderse tras la hermana, que se esmeraba en asear un poco al viejo que murió de frío; lloró, ¡ay hermana!, tengo miedo, no puedo ver estas cosas, y se enfermó. ¡Anda, cabeza africana, realmente no podías soportar esta novedad, esto no es lo tuyo! Abang empezó a perder el juicio. Y como no fue para esto para lo que la habían traído, es o es, para perder el juicio, las hermanas cogieron miedo y pronto escribieron a sus familiares sobre su enfermedad. Y consiguieron que de otra ciudad de España saliera un tío para hacerse cargo de su repatriación inmediata, pues allá, en Guinea, darían con las causas de su enfermedad. La comunidad se había

alborotado por el suceso. Llegó el tío, habló con las hermanas, le dieron lo que pudieron y bajaron las escaleras para tomar el automóvil. Ya en la calle, cerca del coche, los vio Juan y se acercó como quien viniera a pedir. Pero no lo hizo, sino por razones que nadie sabe, se aferró a la novicia enferma con la intención de asestarle un mordisco en la oreja derecha; se le impidió llevar a cabo su plan y, enfurecido, propinó sendos coscorrónes a todos los presentes y después se apartó para proferir insultos y otras groserías.

El asunto llegó al despacho del inspector Torres, quien sólo se llevó el buen recuerdo de la gracia que le hicieron a una de las monjas los coscorrónes de Juan, hoy hombre de la calle.

Abang fue llevada a un curandero, que borró de su memoria los pies secos y arrugados de los pordioseros, las tetas arrugadas de las mendigas, los penes retraídos de los viejos que yacen en un banco y tardan los viandantes en darse cuenta de que ya no volverán a molestar a nadie alargando la mano para una peseta, pues seguirán dormidos. La dejó como nueva y más tarde hicieron migas: ella se casó con él y tuvieron robustos hijos. Lo de la perdiz está por venir, que África todavía está muy caliente para festines.

El hombre estaba sentado en la silla, delante de la mesa del inspector, respondiendo a sus preguntas. Apocado y cariacontecido, respondió a duras penas. Por su estado, parecía que se había recluso en el asiento para protegerse. No había que mirar mucho para saber que no estaba pasando por un buen trago. Durante el interrogatorio, más de una vez el inspector se vio obligado a repetir la pregunta. En su apocamiento, ni se atrevió a fumar, el recurso más empleado por hombres y mujeres en estas situaciones. En su breve estancia, llevó muchas veces la mano a la frente, para cavilar mejor o limpiar estas telarañas o nubes que en ciertos momentos de la vida aparecen y no se quitan por más

eses, líneas o equis hagas con las manos en la cara. Sólo hacía el mínimo esfuerzo para hablar.

Que nació el niño, se alegraron, besó a la madre y creció con la esperanza de tener padres amorosos. Que se hizo adolescente y encontró que en su sociedad sus padres no acababan de ser hombres antiguos ni habían abrazado la modernidad de los colegas, las litronas, los porros, y que por ello hay una barrera generacional de incomprendidos y perdidos. Que el hijo amó mucho a una vecina que no saludaba a nadie y a la que nadie saludaba, y que cuando él, el hijo, consiguió ser amado por la vecina, la historia les dio las espaldas porque el que decidía lo que había que hacer con sus vidas consideró que los gritos de ella pidiendo socorro, sus sacudidas bajo el brazo violador, sus lágrimas por la mirada descarada y lujuriosa del hombre adulto, sus bofetadas y desgarrones, el trapo con que la amordazó, la mancha de sangre en la sábana y braga, y el chorro de semen en la desgarrada vagina no fue suficiente sufrimiento para ella para que los dos obtuvieran un sólo año de gracia y permanecieran junto a los hermanos; al contrario, material suficiente para empañar su condición de hombre impecable, capaz de guiar a otros hacia el camino de la salvación eterna.

Que los dos fueron expulsados sin remedio de la comunidad y que él, justo en el momento de ser padre, se rebeló contra el destino y pasó a formar parte de la gente sin tino.

Que él, que está ahora respondiendo a preguntas sobre su vida, no puede, como cualquier padre, ir a ver a su hijo donde quiera que esté, pues los locos ya no reciben la visita de sus seres queridos porque ya no los conocen.

Que nunca tomará al nieto en brazos en presencia de sus padres, pues ninguno de los dos está.

Que la sociedad sabrá que mucho de culpa tiene de lo que ha pasado.

En todo esto estaba pensando José Luis cuando una gota de lágrima asomó por entrambos ojos y resbaló por la cara sufrida.

-Hombre, no se ponga así, lo siento de veras pero todo se solucionará -le reconfortó el inspector.

-Ahora que preguntas por mi hijo Juan, señor inspector, no sé qué decirte, pues los locos son los únicos de los que se sabe dónde están pero con los que no se puede contar, pues ya no responden. Y es como si no estuvieran.

Juan Vives, pregonero español subido a la escalera, ya no tiene casa desde que de la suya salió y de la hermandad fue expulsado por saber demasiado. Pero ha de vivir y todavía se acuerda de donde dan de comer a los que no tienen despensa.

-Y ¿quién da de comer a los locos,

mami?

-¡Hija, cállate! las niñas no preguntan estas cosas.

Y allí fue, al comedor de la caridad. Allí, muchos hombres de todos los continentes y de todos los credos y colores, alguno de ellos acompañado de sus niños, comen por turnos y salen con un bocadillo bajo el brazo para las necesidades de las horas vacías. Como son tantos, nadie sabe si hay locos o cuerdos, aparte de que el oficio más cercano a la vida de los locos es la mendicidad. Y la razón de este parecido es lo desinhibidos que han de ser los mendigos para pedir a cara descubierta, desinhibición que únicamente comparten con los locos. Tampoco se interesarían los pobres si el loco no diera lugar a comentarios.

Entró Juan y se sentó para recibir el menú. ¿No le entraron las ganas de predicar, hecho que hubiera desatado la ira de los demás compañeros y provocado su expulsión por el agente? Lo más probable es que no. ¿No decía Cristo que nadie debía preocuparse por qué comer ni beber, pues los pájaros no hilan ni acopian y comen todos los días? A lo mejor a la hora que más arreciaba el hambre, el Señor mandaba un ángel a hacerle callar.

Trajeron la sopa, el pan, la carne, la manzana. En el fragor de la batalla linguodental, algo le hizo abrir los ojos y parar de masticar. Dejó la cuchara y miró. Era un niño pequeño que jugueteaba en la falda de su madre

con una manzana. Juan abrió mejor los ojos y miró a la mujer. Volvió a mirar al niño. Luego al compañero que tenía enfrente, y sin dudar más, se levantó y agarró al niño, alzándole y apretándole en el pecho:

“Es mi hijo, es mi hijo”

Todos dieron la vuelta y miraron la escena. Reconocieron a Juan y dudaron de su alegría y de que fuera verdad su afirmación. Luego dejaron de dudar y empezaron a protestar; decididos, se levantaron para arreglar el desaguado. La madre del niño era Ana, Ana Garamond.

Ana Garamond, que hacía tiempo que dependía de la caridad, estaba allí mirando, con la comida a medio masticar y no pudo decir nada. La boca se le amargó inmediatamente y empezó a sudar. ¿Cómo decir ahora que, efectivamente, el loco era el padre de su niño y ella la madre? Se le nubló la vista, se atragantó, sus ojos se cerraron y empezó a agitarse frenéticamente. La emoción actuó de revulsivo y volvió a conocer los espumarajos de antes...

Todos dejaron de comer e hicieron venir al agente. No tardó en llegar la ambulancia, que se llevó a la madre. Del niño se ocuparon unas mujeres amigas, dijeron, de Ana Garamond, cuyos recuerdos mandan hoy al hospital.

Juan Vives, pregonero español subido a la escalera de pintar, cruzó la calle con el semáforo en rojo, desafiando temerariamente a la muerte y dando voces, se

metió en el cauce antiguo del río.

Valencia, diciembre del 1998

Malabo, abril del 1999



---

África y sus temas deberían bastar a cualquier escritor africano para situar sus historias, hecho del que tenemos admirables ejemplos. Pero para salir airoso de una aventura "extranjera" se requiere considerables dotes para percibir, intuir, examinar y comentar estas realidades, mucho más si uno no participa de la dinámica vital de sus comunidades. Con *El desmayo de Judas*, Ávila Laurel ha conseguido más que salir airoso de su primera aventura extranjera: El Tercer Premio de Narrativa del XXXV Certamen Internacional <<Odón Betanzos>>, que organiza el Círculo de Poetas y Escritores Iberoamericanos de Nueva York. *El desmayo de Judas* es imlemente una genialidad del prolífico escritor que es Ávila Laurel, un atrevimiento laureado.

---



Agencia Española  
de Cooperación Internacional



Centro Cultural  
Hispano-Guineano  
Malabo